JOSE DE LA CUADRA

EL AMOR QUE DORMIA...

(Narraciones breves)

Guayaquil-Ecuador
1930
Artes Gráficas "Senefelder"-Boulevard 9 de Octubre 713

PROEMIO

PALABRAS AL LECTOR

Esto que os ofrezco ahora, benévolo lector mío, quiere ser una selección.

Mucho he publicado y más he escrito. Queda por ahí lo uno, diseminado en revistas y periódicos nacionales o extranjeros, a las veces hasta con los honores de la traducción, para pasto de polillas; en viejos arcones, con igual destino, lo otro. Y queden bien, por cierto; que no seré yo quien obstaculice la tarea de los tales bicharracos, que realizan con un maravilloso instinto de críticos, raro de encontrar en sus cofrades humanos, labor beneficiosamente destructora.

Empero; juzgándome en deuda con la obra de mi primera juventud, que, como la de todos, fué más o menos florida—la juventud, que no la obra;—pretendo hacer alguno que otro salvamento en este naufragio total en el olvido.

Chico o grande, bueno o malo, el libro es más duradero. Y remanso como es—según ha dicho bellamente Atilano Carnevali,—se ofrece propicio a un salvataje de la índole del que intento.

Así, os brindo, amigo lector, este pequeño volumen en el que constan seis narraciones escogidas. Acaso, esta selección no sea la única que haga. Tengo entendido que puedo presentaros alguna más, y quizás, una tercera. Aqueso depende, en gran parte, de la acogida que a ésta presteis; que siempre fué norma mía curarme de vuestra opinión.

Para noticia vuestra y perdón y excusa míos, he indicado, al pié de cada narración, el año en que fué escrita.

El Amor que Dormía...

I

Halalí!

Vive Dios y cómo grita ese endemoniado marinero chileno!

Hal-la!-lí! Juich! Sssss...

Agotaos, muchachos; no importa. Ya descansareis cuando gracias a vuestro esfuerzo pueda el barco soltar el áncora en la bahía risueña. Pensad que será dulce el vaivén de las ondas allá...Allá, hacia donde la prora se enfila como la nariz de un rostro en espectativa.

Halalí! Juich! Sssss!...

Tirad de los cabos sin temor a que se rompan. Arriad—a prisa—esas maldecidas velas que infla como ubres vacunas el vendaval.

—Capitán!

No; no atiende. Para él—hinchado en el convencimiento de su misión,—soy una cosa más, que habla y que, desgraciadamente, se mueve, en este pandemoniaco movimiento del barco y del mar.

—Oye, araucano de Satanás, ¿pereceremos?

Me mira sin responder.

Tenemos dos vías de agua, allá abajo, en el alma oscura de la nave, y toda la obra muerta de estribor ha sido barrida por las olas.

¡Cómo trina al desgajarse el palo de mesana!

Halalí! Ha-la-lí...

Entiendo que ha llegado el momento de pensar en Dios.

II

Y bien; yo no he hecho nada de malo.

Honré a mi madre. Veneré la memoria—sagrada—de mi padre. Di cuando pude dar y cuanto pude. Prediqué que la *misión del hombre es la del árbol: florecer*—para alegrar los ojos—y fructificar—para satisfacer ajenas ansias...Jamás ojos algunos lloraron por mi culpa.

Halalí!

Ya es inútil, viejos lobos de mar; asoleados, ennegrecidos nautas: nunca más vuestros pies se asentarán en tierra firme. Para vosotros—como para mí—el grito del cuervo trágico: *Never more!*

¿A qué luchar? Esperad—como yo lo hago—que la hora llegue, escrutando en el recuerdo, en la honda sima del recuerdo, las huellas de la vida mala. Y entretanto, elevaos a Dios con el pensamiento.

...Jamás ojos algunos lloraron por mi culpa.

Halalí!

Os pido, mujeres que me quisísteis, perdón si alguna vez hubo en mi vida un acto que os disgustó: madre mía, ancianita linda, vieja canosita y risueña en tu hamaca de mecida corta; ñaña Felipa, de bravo nombre historiado, altota como eras, fea y sentimental; ñaña María Teresa, agria y bonita, cabecita loca y corazón de oro, que te fuiste al misterio en aquellas memorables "salidas de aguas" del 23...Digo adiós a vosotras dos que vivís, y a la difuntita digo, desentendido de mí mismo: "Ahí va eso!"

A vosotras también, mujeres que sin estar ligadas a mí por vínculo de sangre, me reservásteis de exclusivo un rincón de corazón chiquito o grande, os diré la blanca palabra inexorable: Adiós!

Sí: adiós. Adiós Clara Isabel, Antonieta, María Asteria, Fernanda...

No good bye...Till bye and bye only, Evelyn, my sweet blonde little girl!

Y hasta con usted, Gertrudis, que, no obstante haber doblado ya el tempestuoso cabo de Buena Esperanza de los cuarenta años, creyó que este mozalbete tonto, pero cazurro, que yo fuí, casaría con usted por sus extensas plantaciones de cacao...*Farwell!*

—Gracias por esta boya que me das, araucano de voz estrepitosa! Me la ajustaré al tronco como quien a una botella pone un marbete: por ella sabrán que tuve la estupidez de embarcarme en este velero podrido que se llama—pomposamente—como mi bella ciudad "Perla del Pacífico"...Nada más. Porque pienso ahogarme a pesar de la boya. A menos que me proporcioneis un motor...Entiendo que la Isla del Muerto es la tierra más próxima, y cae—apenas—a ochenta millas inglesas a barlovento...Dobles gracias, pues, por el "salvavidas"!

III

—Pero, capitán, por Dios, ¿a qué hora nos hundiremos por fin? Esta espera—como todas—resulta una tortura.

Heme ya preparado a bien morir. De todos cuantos quise o me quisieron, me he despedido; a la sazón, hasta ellos habrá irradiado mi pensamiento, y lo habrán sentido como una "corazonada".

—¿Qué le acontecerá a Gonzalo?—se dirán.

Unos rezarán; otros llorarán, todos—bien o mal—me encomendarán al Muy Alto. Gracias. Y otra vez, adiós!...............

....

Ah, pero en mi gran despedida te olvidaba a tí, Eugenia, morenita ojiverde que también sentiste—por mí—amor de sufrir.

Te olvidaba. Perdóname.

Yo no te quise; mas comprendí que tu amor fué lo más grande que hubo en mi vida. No me preguntes—eso sí—porqué no te quise. A tu interrogación, no sabría cómo responder. Razones son ésas del corazón.

Halalí! Juich! Sssss...

Hal-la!-lí!

En las jarcias, en los últimos guiñapos de las velas, el viento glisa su canción. Es la música funeral de nuestro sepelio. No interrumpais con vuestros gritos vanos, marineros, la Canción del Temporal. Hay en ella trino de pájaros, rumor de hojas que caen; para cada cual está en ella el eco de voces amadas. ¿No acaba mi madre de llamarme: "Hijo!"?

Halalí!

....

....

¿Que no te quise, Eugenia? Mentira! Ha sido un grave error irreparable. En realidad, te he querido.

¡Te quiero!

Ahora lo sé. Como en el mar, en mi corazón se desarrolla formidable tempestad; y mi amor a tí,—que dormía en el fondo de mi corazón, ha surgido luminoso...¡Evohé!

Te quiero...

¿Cómo he ignorado este amor? ¿Cómo y por qué—cuando es imposible—ha venido en revelárseme?

¡Cuántas cosas hay dentro del alma, que uno mismo desconoce y de las que no tendría nunca noticias si no fuera por estas convulsiones que las traen a flote!

Es durante los grandiosos maremotos cuando las islas —ocultas bajo las ondas—apuntan en la superficie...

IV

He aquí, pues, que he perdido—antes de ahora—mi vida que pudo ser feliz.

Quién sabe en cuál rincón de la patria tendríamos nuestro hogar, tuyo y mío, Eugenia...Yo estaría gordo de salud rebosante, un poco envejecido de tranquilidad; sería padre de cuatro o cinco muchachotes robustos, todos varones, para que mañana pudieran verter su sangre en defensa de nuestra buena tierra ecuatoriana!

Tú estarías a mi lado. En tus dulces ojos verdes—que empañarían lágrimas de gratitud para la vida amable,—me recrearía en contemplar el pasado; así como en los ojos ingenuos de nuestros hijos, tú y yo, medrosos, miraríamos nacer el sol del porvenir que no veríamos.

Cultivando mi heredad, me habrían crecido raíces en los pies, y no sería lo que soy: pasajero en un barco que navega en la Tempestad.

Ha!-ha!-hi!

Ha sido un grave error irreparable.

V

—¿A qué hora, capitán; a qué hora, por fin, nos hundiremos?

1926

La Vuelta de la Locura

A Arturo Martínez Galindo



Manos presurosas acudieron así que rasgó el aire dormido de la estancia, aquel largo, larguísimo alarido estupendo de la grávida.

He aquí que era varón el recién nacido.

"Nos ha nacido un niño,—un hijo nos fué dado."

Ojos listos de viejas consultaron el calendario de hojas desprendibles adherido a la pared cerca de la cama de la parturienta: Juan tenía que ser nombrado el infante, porque era —loado sea el Bautista—el blanco día de San Juan.

(Lindo San Juan
—que en el Jordán—
bautizaste a mi Señor,—
tenés mi amor).

...Y otra vieja repitió la cantiga. Pero otra vieja la modificó, diciendo: "te doy mi corazón..." Lo cual hizo aparecer desdeñosa sonrisa en los labios de las que la precedieron en la tonada ritual.

Mientras tanto, en la habitación contigua habían bañado al pequeño Juan. Envuelto en una gruesa toalla, lo trajeron para que la madre lo besara. Sólo que la madre no podía besarlo, *porque había muerto. Sin escandalizar—quizá arrullada* por la copla vetusta—o quizá, mejor, por no oírla,—se había estirado cuan larga era, había ladeado un poco la cabeza, y...

Era preciso enterrarla.

A un examen somero, la "profesora" aventuró:

—Quizá un embolia pulmonar por trombosis de los senos uterinos...

Con todo, las viejas prestaron curiosa atención al hijo de la muerta. Ah!, era lavadito...y ojiclaro...y, por lo que ofrecía, sería pelirrubio, ¿no? Pero...qué mirada bovina!

Una dijo:

—Este será loco.

Y otra:

—Sí. Es porque la madre ha estado muerta por dentro al parirlo, ¿no ven?

Otra apoyó:

—Una se va muriendo por partes: de los pies para arriba; de la cabeza para abajo. Cuando llega al corazón...

—En el corazón está el alma.

—El alma...¿Y qué es el alma?
—Dios lo sabe!
—Aseguran que metiéndose debajo de la cama de una persona que está agonizando, se oye el grito que da el alma cuando se arranca. Cuentan que un hombre, en Naranjal...
—¿En Naranjal...?
Pero era necesario ver quién se hacía cargo del huerfanito. Se le ofreció a la tía abuela.
—¿Lo aceptará?
La vieja dijo que sí. Que lo tomaría como un presente de San Juan. Habló algo más. Algo sobre el propio Bautista, sobre la muerte, sobre los regalos extraordinarios y sobre el sol de esa mañana...
Pues todo esto ocurría mientras se iba al pasado una clara mañana. Una clara mañana del día de San Juan.

* * * *

La verdad, el pequeño Juan no parecía loco. Si lo era, era la suya una locura mansa, una bella locura pacífica—tal que un ensueño uniformemente prolongado.
Cuando tuvo siete años aprendió a sonreír; y tanto debió agradarle el "descubrimiento" de esta bonita ciencia de nada, que sonreía—siempre—siempre y a todo,—aun al látigo de tres ramas con que lo castigaba su tía abuela. Sonreía al sol y a la luna, al cielo y a los altos árboles; pero también sonreía—y mucho más dulcemente—a las cosas humildes y sencillas. Era un suave espectáculo cuando—teniendo en la mano una piedra—le sonreía...Pero también es cierto que quién sabe qué le diría la piedra.
A los diez años lo metieron en una escuela para que le enseñaran a leer; y dominado que hubo bien que mal el mecanismo del abecedario, dióse a leer cuanto libro caía por su lado. Un amigo que lo fué de su madre, le obsequió por Navidad un tomo de lindas historias de mar. Nunca hiciérale nadie tamaño bien. El pequeño Juan gozó tanto con ese libro. Viajó por los siete mares: repitió las rutas fabulosas de Simbad; se aventuró con Odiseo Laertiada en la vuelta a Itaca: resucitó la osadía multioceánica de Cadmo,—aquel fenicio que fué toda Fenicia...Pero también viajó con Marco Polo, y con Cristóbal Colón, y con Elcano dió la vuelta al mundo.
Vivía entonces Juan en un pueblo a la orilla del océano. Su tía abuela tenía un quintal, cuyas cosechas mandábalo vender en el poblado vecino. Juan robaba alguna calderilla del producto, y adquiría libros; siempre, libros de mar.
Durante cinco años, leyó.

* * * *

Tenía quince años cuando conoció la "primera mujer."

Fué en circunstancias curiosas

Un día, mientras acompañaba a su tía abuela a recoger conchas finas en la playa—para la venta,—mirando la extensión inlímite del Pacífico—del Pacífico nuestro,—en los ojos de Juan—bovinos—hubo un anhelo...

—Tía, yo quiero ser marino.

La respuesta fué cruel.

—Esa es una locura, Pero...es verdad"que tú eres loco.

(Tanto lo llamaban loco que, a las veces, llegaba a convencerse de que lo era; pero, en el fondo, dudaba de esto un poco informemente, porque no sabía qué era ser loco. Dizque Colón fué tal...)

Escuchó el diálogo una mujer que pasaba a su lado en ese instante.

—Muchacho: he aquí la viuda de un marino.

Era guapa con sus ocho lustros pulposos y sonreídos.

—El mar es traidor, muchacho.

La tía abuela se adelantó, porque no le interesaban esas cuestiones.

—Yo amo al mar, señora.

—El mar es muy grande y no tiene caminos.

—Por eso, yo amo al mar...

—¿Sabes tú lo que es lo imposible?

—.. y en las noches, señora, canta el mar una canción.

—Es la canción del olvido.

—Olvidar lo imposible...

—No...¡El olvido es imposible!

—A todas partes lleva el mar...Tiene tántos caminos!

—Lo que al mar se va, el mar no lo devuelve.

—¿Y ha vuelto alguna vez lo que se fué?

—Vuelve el amor...

—Pero yo no sé qué es eso.

—Ni yo...Pero es que yo amé.

El pequeño Juan se quedó silencioso, porque no siguió entendiendo.

Fué ésa la primera—la primera mujer que él conoció.

* * * *

Tenía veinte años cuando fugó del poder de su tía abuela y marchóse a la ciudad.

Había oído hablar de la ciudad, y quiso conocerla. Se la imaginaba tan bella, que no resistió a la tentación.

Días y días vagó por los caminos solitarios bajo el sol de la canícula, o en las noches tibias, bajo el blanco amor de la luna, como un olvidado de sí mismo, en procura de la urbe. Dormía en la cuneta de las carreteras, haciendo cabezal para su sueño del hatillo de las "mudas." Apenas si comía allá de vez en vez, cuando topaba con algún campesino generoso que le brindara la frugalidad hospitalaria de su mesa.

Al fin, llegó.

Desde una colina divisó, allá abajo, la ciudad, y descendió hacia ella con el corazón violentado de latidos.

Ya en el valle, casi en los suburbios, se encontró con un hombre.

—¿A dónde va, amigo?

Juan explicó. El iba a la ciudad. Venía del campo, de allá lejos, junto al Pacífico...

—¿Quiere decirme, señor, cuál es la entrada a la ciudad?

El hombre enseñó:

—Por ahí, recto. Recto. A la mano derecha está el cementerio, y a la izquierda, el manicomio.

—El manicomio...¿Qué es eso?

—Pues...la casa de los locos.

En los ojos de Juan—bovinos—apareció un gran destello de sol.

—Esa es mi casa, señor, ¿sabe?

Y ante la sorpresa inaudita de su interlocutor, Juan emprendió rápida carrera hacia el manicomio, cuya ubicación el ótro le indicara.

Corrió...A la puerta del edificio se detuvo y llamó. Llamó, desesperadamente.

Abrieron.

—¿Quién es?

—Yo...yo...yo, que vengo a *mi casa*. Porque ésta es la casa de los locos, ¿verdad?

* * * *

En el manicomio transcurrieron para Juan los días más felices de su vida.

Lo pusieron en tratamiento—con grandes esperanzas de "reconstruír su cerebro," como decía el médico. Y como su locura era mansa, gozaba de libertad y se le permitía pasearse por los jardines, el cuidado de cuyas plantas se le encomendó.

De acuerdo con su nueva vida, comenzó a hacerse afecciones y costumbres. Tenía ya un rosal predilecto y un bancal favorito. Cosas nimias que cumplían su horizonte. Adecuado—*atiatado*—al medio, ya no pensaba en la mar amplia ni en los caminos que no tienen fin.

Trabó amistades...y adquirió un amigo. Un loco manso, así como él, que era médico, o se lo creía, que da lo mismo.

—Juan, tú eres loco.

—Es decir, me llaman tal.

—Pero tú, Juan, que eres un campesinote torpe y basto, no sabes qué es la locura.

—Cuando me parió, mi madre estaba muerta por dentro...

—La locura, Juan, es un cáncer en el espíritu.

—¿Un cáncer? Una pústula...un grano malo...

—Su *etiología* es la *propia etiología del cáncer común*; del cáncer de la carne, diré para que me entiendas...Cuando el feto tiene dos meses, se forma en el centro de él el espíritu. Es una célula, casi como las ótras. Sólo que la alimenta la herencia, —que es el soplo primario de Dios...Tiene tres capas que se desarrollan conjuntas y armónicas. Pero—suponte—por cualquier causa—hasta de alimentación, o sea, de herencia,—un punto inaprensible e inapreciable de cualquiera de las capas... de la central, por ejemplo...se paraliza en su evolución. (Quizá estas tres capas correspondan al sentimiento, a la inteligencia, a la voluntad, de los libros de psicología). Las otras capas, que prosiguen su desarrollo normal, recubren, aíslan, involucran el punto reacio...y la evolución se completa, en apariencia. Mas, quedó un punto sin haber concluído su ciclo: las células que lo constituyen, viven en perfecta potencia. Una causa, otra causa—un golpe,—una emoción, que es suerte de golpe,—alteran su estabilidad, las despiertan de su marasmo... y evolucionan a prisa, a prisa, desorganizando el mecanismo total del espíritu: rompiendo el equilibrio, que es la normalidad...He ahí al loco: su espíritu—sus células inteligentes,—está alterado por la presencia del cáncer...En el hígado, sería lo mismo...o en el páncreas.

—¿Y ese *cáncer* es curable?

—Sí; como el otro, como el de la carne. Pero sólo con antipirina. Terapéutica del año 11, de antes de la guerra...Mira, que yo me estoy curando con antipirina.

Juan se quedaba pensativo. Pero esto de quedarse pensativo, era *ya* una buena señal.

* * * *

Una mañana, a las nueve—ya había regado su jardín,— Juan fué llamado a la dirección.

Lo hicieron llegarse al despacho privado del director.

—Doctor...

—44: He de decirte que ya estás bueno, bueno. Tu locura se fué y no volverá.

Juan pensó—sintió, mejor—que él nunca había estado loco. Pero prefirió no decir nada de esto, de lo que, por otra parte, en realidad no estaba muy seguro.

—Y así, pues, amigo, has de abandonar esta casa. El mundo te reclama. Fué esto un remanso en tu naufragio. Pero tienes que vivir tu vida, allá afuera.

Inició Juan un ruego. El quería quedarse allí, marginado, arrumado, exento.

—No es posible. Otros llaman a la puerta. Sobras tú; pero tu lugar será ocupado.

Se resignó. Había de ser en seguida. Se encaminó a su celda—tan querido el hueco!—y arregló el pobre lío de sus ropas. Despidióse luego de sus amigos: el médico, su banco, su rosal, su rincón de jardín...Y se dirigió a la cancela, trémulo todo él, el paso torpe...y un poco de lágrimas en los ojos bovinos.

Junto a la reja estaba una mujer: una muchacha apenas púber. Bajo el cielo de esa mañana, ella era como una gran mancha heráldica: rosa, nieve, oro, mar...Mar, los ojos.

Supuso Juan que sería la hija del director: la señorita Bebé. No la conocía; había oído hablar de ella lejanamente.

Cuando al franquear la puerta pasó delante de ella, se despidió:

—Adiós, señorita Bebé!

—Adiós, Juan.

Juan se detuvo. Ah, lo conocía! Sabía que se llamaba Juan...

Comprendió ella que él quería hablarla, y se adelantó:

—¿A dónde va, ahora?

—A mi pueblo. Queda allá abajo, junto al mar

—Ud., Juan, amará al mar, ¿verdad?

—El mar es bello: profundo y azul. Nada hay tan azul ni tan profundo.

Mentía propositadamente. Hubiera querido decir que los ojos de la señorita Bebé eran más profundos y más azules que el mar. No se atrevía...Hubiera querido decir.

—Adiós!

Le extendió ella la mano, en un gesto dulce de compasiva.

—Adiós, Juan...

Salió al camino, Juan...al camino aquel que llevaba a todas partes, porque llevaba a la vida. Iba dando trompicones contra las piedras, bamboleante, valumoso como un barco; ebrio—sí, ebrio!—de una extraordinaria ebriedad.

Ahora sí se sentía loco. Ahora sí estaba loco, real y definitivamente loco...

1926

Mientras el Sol se Pone...

(nuestro sol interior...)

Se llama a la Muerte en el supremo libro de los verdaderos nombres, la Consoladora y la final Remediadora.

Es buena por mandato divino. Y, cuando es llegada la hora de su visita ineludible, se atavía, para hacérsenos amable, con el áureo traje de nuestro más bello recuerdo.



CERRO los ojos Luis Manuel—como dos puertas—y tembló de la cabeza a los pies. ¡Qué oscuridad profunda y pesada! El—en su pobre pequeñez de humanidad—había sentido durante un momento, durante la eternidad vehemente de un momento, —bien así como Atlas el mundo—todo el profundo peso de la oscuridad...

—Doctor!—clamó.

No lo oyeron. Querrían no oírlo. La enfermera estaría ahí cerca, pensando en quién sabe qué cosas juveniles, rosadas, dulcemente pueriles...Pero, él era un moribundo a quien ya no valía la pena escuchar cuando llamaba. *Vox clamantis in deserto*...Puah! Estaba tan cerradamente perdido!

Se agitó en una convulsión loca de 40°. Ahora pidió agua...

Agua...

Los grandes ríos que allá corren, lejos, en la vida...Dicen que las aguas vomitadas del Amazonas endulzan en extensa zona el Océano Atlántico, el gran Mar Tenebroso que fué...

Agua ..

Para la sed milenaria de Egipto, he ahí los Nilos de nombres cromados; los Nilos, hijos de los amplios lagos negros que sueñan en el sur del continente negrísimo; los Nilos obedientes, torpemente bondadosos, migratorios como las golondrinas, o mejor, como el *plancton* vitalísimo de los océanos fundamentales y todoriginarios.

Agua...

He aquí que en el jamón que somos nosotros—nosotros, Sud América!—como un gran trinchazo que rezumara jugo del fémur escondido: el Plata. (Bolivia puede ser la médula dolorosa y generosa). El Plata, en cuya boca, como una gran muela única—Montevideo es un incisivo.—pesa la maravilla de Buenos Aires la Máxima...Buenos Aires que es Bagdad y Basora, que es Samarkanda y la Ciudad Primera (cuyo nombre misterioso empezaba con E...) de los Libros unisapientes; pero que es, también, Alejandría la sabia, y Babilonia la Loca, y Atenas, y Roma, y París, y hasta New York...

—Buenos Aires será la capital espiritual de la Raza.

De la Raza que profetizó allá arriba, en el Norte, Vasconcelos.

Mas: "Por mi Raza hablará el Espíritu".

Hay que escuchar la voz del Norte aguerrido. México no sólo será la muralla; será la base América se erguirá—perpendicular a la horizontal del mar—como un edificio o como un hombre. Como un hombre...He aquí que en el Ecuador estará el corazón de América erecta. Y bien; hace tanto calor acá que podemos hacer un corazón...

—Agua!—gritó.

Le dieron agua. Mas...esta sed inextinguible; esta sed implacable; esta Sed...

Una mano aleteó por encima de su frente. Abrió los ojos.

—Eres tú, madre...

Díjole ésta, en una suerte de reproche dulce:

—Delirabas, hijo mío.

—No!

Dentro de él—tan adentro que no se vió,—sonrió un recuerdo...Pero, dijo una vez más:

—No!

LUIS MANUEL se sorprendió de ver a su madre cerca de su lecho de muerte. Luego se sorprendió de esta sorpresa suya. Era tan natural! Más él sordamente hubiera querido que su madre estuviera lejos, allá en la lejanía infinita que es la ignorancia, para que no se diera cuenta de cómo acababa la pobre cosa humana que ella hizo. Pensó Luis Manuel en el dolor de un escultor que fuese obligado a presenciar cómo a golpes de cincel—del mismo cincel creador,—alguien fuera destruyendo su obra, sumiéndola en la informidad...En la informidad que es lo único que se parece a la muerte.

—La informidad: he ahí la Muerte!

Pero, todavía:

—Madre, madre, ¿a qué has venido?

AQUEL recuerdo que le sonrió, era un bello recuerdo.

Petrificado, hundido en los más profundos estratos de la memoria—como un fósil en las capas geológicas,—he aquí que salía ahora a flor de superficie—en cantante evohé—con un canto blanco de agua clara.

—Alina!

Y al conjuro de la palabra que musitaron los labios tímidamente, respondió una larga gritería interior, como un coro de teatro griego:

—Alina! Alina! Alina!

Los pequeños recuerdos, que acompañan como séquito infaltable al recuerdo máximo y uno, vinieron agolpados y trotadores.

(Luis Manuel oyó que una voz que no despertaba eco cordial en él, decía: "La temperatura excede los 41° y va a morir pronto).

Pero, es que ajenos ojos no veían cómo—muy adentro—luminosamente aquel recuerdo de amor le sonreía.

—Alina!

Todavía, otra vez:

—Madre, madre, ¿a qué has venido?

Y, clamorosamente:

—Alina, Alina, ven...

OJOS cerrados, vió, no obstante, cómo Alina, atenta al gran llamado de desesperación, penetraba en la estancia.

Luis Manuel inició un diálogo con la recién venida.

—Alina, me voy; ¿sabes?

Repuso ella:

—Te habías ido ha tanto tiempo.

—No; vivía en tu memoria.

—No; en mí...eras el cadáver de un recuerdo; pero, ni siquiera un recuerdo.

(Las personas que estaban cerca del lecho del moribundo, se preguntaban con quién éste mantendría diálogo; que, del tal, sólo escuchaban a uno de los interlocutores, como quien escucha a alguien que habla por el teléfono con persona que puede hasta no ser).

—Te hago presente, Alina, que siempre rehuí las discusiones. He de preguntarte solamente si me has querido. Y tú habrás de responderme.

—Mejor que yo, podrás saber tú si te quise. Está tan lejos eso, que mis ojos—los pobres—sufrirían el engaño de las distancias.

—Acaecceríame lo propio.

—No; porque eso es presente para tí, Luis Manuel.

—¿Y para tí?

—Pasado.

—Mientes, Alina. Permíteme decirte que mientes.

—La mentira es un modo de decir la verdad.

—Ahora, Alina, como siempre y como en todo, eres—o, más bien, quieres ser,—la imposible..

—No soy la imposible. Cuando más—que allá va!—la irreconquistable...

—¿Por qué?

—Lo he dicho ya, Luis Manuel: porque estamos tan lejos...

—¿Qué distancia media, Alina, entre tú y yo? ¿Cuál es la profundidad del abismo que nos separa?

—Un minuto...

—¿Cómo?
—Un minuto de desacuerdo.
—¿Irremediable?
—¿Puede, acaso, tornar a la unidad lo que fué dividido?
—Sí!
—No; queda la cicatriz. Y una cicatriz separa más que un millón de kilómetros
—Bien; dejémonos, Alina, de discusiones inconducentes, y, con todo, ven...Te llamo.
—Habría venido sin tu llamado y, como voy a hacerlo, te habría besado...
—¿Por qué?
—Porque yo, que soy el Amor, soy también la Muerte...

SE oyó como el rumor de un beso, como el entrecortado hipar de un suspiro...
Luego hubo un silencio.
Demasiado largo...
La madre dijo, abrazándose al cadáver,—que ya lo era Luis Manuel:
—Te has ido para siempre, hijo, hijo mío...
Lloró esta palabra "mío".
Corearon todos:
—Se ha ido!
Y la enfermerita soñadora murmuró:
—El estaba aquí...Pero no hace un segundo que se fué...
Añadió aún:
—Hablaba, poco ha, con la Muerte.
Alguien contrarió:
—Hablaba con el amor.
Y la verdad—que como una conclusión de silogismo caía,—no la profirió nadie; pero, pesaba tanto en el aire, en las personas, en las cosas y hasta en el rayo de sol que penetraba por el vitral amplio de la ventana sobre el jardín...que era un grito, un alarido:
—"Es que la Muerte toma siempre la forma de nuestro más caro amor!"

———

1926

Madrecita Falsa

(Medalla de Oro en el Concurso Literario Municipal de Guayaquil de 1923).



I

—La *jeune femme a l'eventail* de Helier Cosson!—admiró Leonardo Caner.

Y Ramiro Balmaceda, apegado a las cosas de España, creyente fiel en las glorias iberas, como que era hijo de peninsular, contrarió:

—No, hombre; una silueta de Penagos.

En magnífico evohé luminoso, Josefina Anchorena había entrado al salón.

—Una Virgen, chico!

—Calla tú, salvaje; salvaje, porque no tienes civilización. Eso es. Venir con que la Virgen! ¿Crees tú que Pepita Anchorena cambiaría su rostro por el de una Madonna rafaelítica?

—¿O prerrafaelítica?—sazonó Caner.

Ranulfo Alves se amostazó.

—Bueno, la emoción...Como que sin duda es ésta la mujer más guapa que han visto ojos.

—Y elogiado labios.

—Es un rostro tutankhamónico!—bromeó en giro ultramodernista Camilo Zenda.

Julito Peña zanjó la cuestión:

—El señor Alves queda perdonado—dijo aparentando seriedad de juez;—pero con la condición de que sea menos...emotivo.

Pepita Anchorena miraba de vez en vez al grupo de mozalbetes elegantes, y sonreía. Adivinaba que ella era el tema de la conversación, y como de su linda personita tan sólo elogios podía decirse, lo agradecía.

Alves habló en voz baja a Balmaceda:

—Tú, como socio del Club y miembro de una familia amiga de los Anchorenas, harás el favor de presentarme a Pepita.

—Con todo gusto, Ranulfo. En seguida.

Lo condujo hasta ella y tuvo lugar la consabida banalidad de la presentación. Alves se atrevió a solicitarla un *fox* en su carnet.

—Sin duda, señor. Mire usted: el primero que ejecute la orquesta lo tenía cedido a mi primo Enrique. No vale la pena; será suyo. Ya me excusaré con él.

—Oh, es usted divinamente generosa!—agradeció, trémulo, Ranulfo.

Alves venía desde semanas atrás enamorado de la bellísima. Miradas de soslayo en la iglesia, en la tanda, en el American, habíanle hecho suponer que no fracasaría en sus anhelos. Y ahora! El corazón amante saltóle dentro del pecho como un pajarillo loco que se lanzara contra los barrotes de su jaula.

—

Las tres de la mañana. La orquesta rompió a tocar *Three o'clock in the morning*, en admirable unanimidad con las campanas de los relojes. Ranulfo Alves debía bailar aquel boston con Pepita Anchorena.

—Mi vals, ¿verdad?

En piezas anteriores que bailaron juntos, Ranulfo hízole saber lo que más pudo sobre él.. Pertenecía a la espuma social capitalina; era rico, muy rico; ocioso, lo suficiente para ser un dedicado a todos los deportes...menos a la natación, por supuesto. Además, la adoraba desde que una mañana, en misa de diez, la conoció. Esta cursilería no la sabía Pepita, pero no tardó en saberla. En efecto, Ranulfo Alves tosió un poquitín, perdió el compás otro poquitín, y con voz patética inició un discurso que no tenía nada de original:

—Señorita...

—

La semilla cayó en tierra abonada. Dos meses después —hacia setiembre—Ranulfo Alves era novio oficial de Josefina Anchorena.

II

Vibró imperioso el timbre del teléfono. El sirviente que acudió a la llamada, se acercó luego a Ranulfo Alves.

—Señor, de parte de su novia. Pregunta la hora a que irá.

—Dila que al momento.

Abandonó el taco sobre el billar con un gesto de contrariedad. ¡Interrumpir una partida tan interesante! No importaría si fuera por otro motivo; ¡pero por un capricho loco de Pepita! A ella se la había ocurrido conocer la trocha nueva para automóviles, de noche, en noche de luna. Bien podía conocerla de día. Pero no, señor; de noche había de ser. ¡Y esta noche! Apuntó la idea el día anterior y no admitía dilación. La novia no sabía esperar.

—Nos iremos en tu auto, en el aceitunado que trajiste de París.

Ranulfo estaba recién llegado de París, a donde fuera por comprar un ajuar *a la dernier* para la novia. Y los azares de la guerra—las dificultades consiguientes—habíanle retenido en Francia casi por un año.

El auto aguardaba frente al Club. Ranulfo bajó y dió al chofer la dirección:

—A casa de Pepita.

Una hora después la máquina rodaba por la carretera recién trazada. Iban con los novios, la madre y la hermana menor de Pepita.

—Locuras de la nena; caprichos; ¿verdad, señora?

—Seguramente; sólo a ésta se le ocurren tales cosas. Y como usted la mima...

Pepita sonreía bajo su gorrita blanca.

—Más rápido, chofer!

Y de pronto, antes de llegar a una curva:

—Pare! Pare usted, hombre! ¡Miren!

Se levantó del asiento y señaló a la cuneta. Era un bultito blanco en el camino, como un atadito de ropas.

—¿Qué es eso?

Bajó el chofer.

—Un niño de pañales, señores.

—Tráigalo usted!

Pepita tomó al nene entre sus brazos.

—Riquín!

Se había apresurado el chofer a reconocerlo:

—Es hombrecito, niña Josefina.

Sonó allá lejos, camino adelante, el claxon de otro automóvil.

—Lo habrán abandonado esos. ¿Quiénes serán? Si los siguiéramos...

—No pienses más locuras, hija. Ve en cuántas cosas nos ha metido tu antojo—protestó la madre.—¿Y ahora qué haremos con el chico?—añadió.

Pepita se adelantó a responder:

—¿Qué? Pues criarlo. ¿Te parece razonable, Ranulfo?

El dijo que sí como fastidiado. Por su espíritu había cruzado una idea negra que en vano trataba de borrar...Un año de ausencia suya...Un inexplicable capricho de su novia...Un encuentro...¿Con quién? ¡Con un recién nacido! Bullían en su cerebro, desatados e incongruentes, estos pensamientos.

—De modo que piensas criarlo, ¿no?

—Sí; como si fuera mío...¡un hijo falso!

Se encrespó él en un acceso de inmotivados celos:

—Pero hijo tuyo, en fin!

Hubo un silencio.

—¿Regresamos?—solicitó el chofer.
—Regresamos.
Pepita oprimía al nene en su regazo.
—Monín! Ya verás cómo te haré dichoso, pobrecito mío. Te lo prometo. Serás feliz con nosotros: yo haré de mamacita cariñosa...Ah, lo bautizaremos! Tú, Ranulfo, serás el padrino.
—Y la madrina, tú.
—Imposible.
Imposible. Ella no quería ser la madrina, ¿Por qué? Como si adivinara lo que pensaba su novio, Pepita saltó ingénua:
—No puedo. ¿No ves que soy la mamá? Lo prohibe la Iglesia.
Lloraba el expósito el alejamiento de la madre. Añoraba el calor de la carne de que nació, como acaso en el ensueño que en su vuelo de flor en flor, añora la mariposa, la seda de su crisálida.

III

Yayá, la criada predilecta de Pepita, entró sigilosamente al dormitorio de su ama.
—En el salón está don Ranulfo, niña, hablando con su mamá.
—Me llamarán si quieren. Vete, Yayá.
Obedeció la criada. Pepita dejó caer el número de *La mode a demain* que estaba hojeando, y echó atrás el cuerpo en la mecedora, en un movimiento perezoso. Dentro de casa vestía como señora; llevaba hoy blanca bata suelta, corte kimono, que terminaba en puntas abajo en la falda; y ancha cinta rosa claro rodeábale, a manera de *obi* japonés, el talle, disimulando formas y dando al conjunto del cuerpo un aspecto infantil de muñequita.
¡Ranulfo había venido! Era raro; en muchos días no lo veía. Bah! Estaba segura de que no la llamarían al salón. ¿Para qué? Sabían de sobra que ella no cambiaba una resolución tomada. ¡Nunca! Y menos en tales circunstancias...¿Que porque dos o tres amiguitas la envidiaban el novio guapo, rico y joven, y habían echado a rodar la bola de nieve de la maledicencia, ella—sabiéndose inocente—debía resignarse a cuanto quisiese él? ¡No! Podían quedarse con Ranulfo...
La nena recordó el cuerpo esbelto de su novio, sus ojos azul blanco de tanto mirar los Andes, y suspiró.
Ah, pero eso nunca! La baba repugnante de la duda habíala mancillado, verdad; mas ella estaba sobre toda duda. En el corazón de Ranulfo al menos, debía estarlo. ¡Pero él también dudaba! Porque sinó, ¿a qué su interés en silenciar la lengua inmunda de media docena de tontos? ¡El dudaba!

Esa era la dolorosa realidad irreductible...Bueno; pues que la dejara! Lo amaba; pero, es tan fácil el olvido!

Pepita volvió a suspirar. ¿De veras sería fácil olvidar el amor único? Y siguió pensando...

¿No tendría razón Ranulfo en lo que hacía? Todo se había confabulado: la ausencia prolongada de él, casi de un año; el enclaustramiento de ella, su no querer salir a la calle, por mejor agradar al novio precisamente; las visitas asiduas del primo Enrique, con quien antaño tuviera un *flirt* baladí...¡Maldita casualidad! Por último, se le antojó conocer una noche, a la luz de la luna, la carretera nueva. Exigió la ida, como si la moviera oculto interés; fueron...y encontraron al niño abandonado. Hasta fué ella quien lo vió antes que los otros...Lógica en sus manejos, la maledicencia comenzó su odiosa labor de zapa...Ahora decían que era hijo de ella. En apariencia, Ranulfo había procedido como caballero. No habló claro; dijo que se comentaba, que corría la noticia de mentidero en mentidero. Y puso condiciones: se debía entregar al niño a un orfelinato. En caso contrario...No; era un ardid. El procuraba una prueba: si ella era la madre, no se desprendería del hijo, así como así...Pues que creyera cuanto le viniese en gana. Ella no dió la vida al expósito; pero, si no de sus entrañas, hijo era de su corazón. Y lo había dicho muy alto: no entregaría el pequeño. Si su prometido lo deseaba, estaba lista a devolverle la palabra empeñada. Sin embargo, ¡cuánto dolor le costaba esto! Aún no se habían abierto las fuentes de sus ojos, porque el asunto acaso se solucionaría; después, cuando fuera imposible —imposible por lo pasado,—un llanto muy amargo humedecería de maleficio su existencia...Y ella—la Pepita loca de otros tiempos—marcharía triste, vida arriba.

Un grito infantil en la pieza vecina, la sacó de sus cavilaciones.

Tenía para el abandonado solicitudes de madrecita nueva.

La mandaron llamar. En el salón estaba reunido un verdadero consejo de familia. Había venido hasta el tío Pedro, que casi nunca aparecía por casa.

Fué la madre quien habló.

—Tu novio—y señalaba con la mano a Ranulfo—necesita una contestación tuya definitiva. ¿Das ese chico a la inclusa, o no? Ya sabes que de no hacerlo así...

Pepita se volvió furiosa:

—Es absurdo lo que me piden! No lo haré.

No! Ella jamás entregaría al horror de un orfelinato al nene pequeñín y sin amparo. El Destino habíaselo confiado.

Sería criminal volver a la tempestad el barquito desmantelado que se acogió al remanso...¡Eso nunca!

—Tú dudas de mí, Ranulfo. No es que quieras acallar voces ajenas; es que quieres acallar la voz de la sospecha, que habla dentro de ti.

Y era demasiada ofensa! Pura, seráficamente pura, sabíase. Envolvióla en sus mallas la casualidad, y se resignaba. Perdería el novio; sufriría; sería—trasunto de la leyenda de oro—virgen y mártir. ¡Virgen! Ah, ¿y su corazón? Dos cosas a escoger: o herirse de muerte a sí misma en lo que más amaba, o desobedecer al poder oculto que mandárale cuidar del sin abrigo...Y así como jamás habríase atrevido a aplastar un retoño de flor, tampoco se atrevería a truncar un destino. Preferiría sacrificarse—ella que vivió algo—por el que aún no había vivido nada.

—Persisto en mi resolución.

Alborotóse el cotarro. ¿Estaba loca? El tío viejo sentenció desgracias para la rebelde. La madre protestó, indignada. La hermanita, también. Y Ranulfo miróla a la cara con desprecio; ella intuyó la palabra que murió en los labios del novio...

—Ea, vosotros no me comprendéis!

Irguióse altanera y salió.

Aproximóse a la cuna del nene y tomólo en brazos.

—Pobrecito, tú! Te piensan hijo mío...Ah, cómo se engañan, ¿verdad? Cómo son inmisericordes! Pero ¿por qué no darles la razón? Si; eres mi hijo...¡un hijito falso!

Recordó las palabras de Ranulfo la noche del encuentro, cuyo sentido horrible ahora por entero comprendía, y añadió;

—Hijito falso...¡pero, hijito mio!

Allá, en la calle, ululó la bocina de un automóvil. Reconoció el sonido. ¡Era que Ranulfo se iba para siempre! Oprimió nerviosamente al nene contra su pecho. ¡Oh, infinito pesar!

El pequeñín abrió su boca desdentada en anhelosa llamada al alimento. Y como hallara el seno de la virgen, apretó con sus labios el pezón que las ropas esculpían túrgido.

Pepita Anchorena tuvo un estremecimiento de maternidad. Instintivamente fué a bajar el escote para lactar...y se contuvo. ¡Cómo era loca! Pero, la madre que duerme en cada mujer, acabó en ella de despertar.

—Oh, mi hijito!

Era madre! Madre! Una madrecita falsa...

1923

Incomprensión

(Medalla de oro en el concurso literario celebrado con ocasión del Día del Estudiante—1926,—por el Centro Local de Guayaquil, de la Federación de Estudiantes Ecuatorianos).





I

UN ruido de voces en el vestíbulo despertó a Rómulo Nadal.

—Es Idálide que regresa,—se dijo; mientras, mirando el pequeño reloj de esfera luminosa, se enteraba de la hora: 2.35 de la madrugada.

Oprimiendo el botón colocado en la pared al alcance de su mano, dió luz a la alcoba.

Hacía calor.

Nadal se escurrió de entre las sábanas y saltó fuera del lecho.

—Me va a ser difícil—monologó—volver a conciliar el sueño.

Cerca de la cuja había una butaca, y en ella se tumbó.

Afuera, en el vestíbulo, seguían las voces.

Nadal se entretuvo en reconocerlas.

—Esa es Idálide...Esa ótra es mi perfumada, cariñosa, encantadora suegra...Ah, también ha venido, acompañándolas, mi señor hermano político...Ahora se despiden, gracias a Dios...

Percibió frases sueltas:

"Buenas noches, Idálide".—"Que la Virgen vele tu sueño, hija mía".

Besos. Risas. Pasos que bajaban los peldaños de la escalinata.

—Por fin!

Oyó el portazo seco del zaguán, y luego, el suave golpe del motor del *Essex*.

Entonces Nadal prestó atención a los ruidos del interior de la casa. Lejano ya, perdido en la noche, alcanzó a distinguir en el silencio un taconeo de ritmo familiar a su oído.

—Idálide va a su alcoba—pensó.

La siguió con la imaginación y se distrajo en suponer lo que haría...

Al pasillo saldría a encontrarla María, la doncella.

"¿Se ha divertido la señora?"

Y ella con su lánguida voz de amorosa diría: que sí, que sí; que había bailado mucho; que había gozado la mar...

Entretanto, él—él, su marido,—ahí estaba solo, solo en la soledad de su dormitorio "particular").

Mientras María se entregaba a la dulce faena de desnudarla para el lecho, Idálide averiguaría detalles sobre la cena de su Chang pequinés.. Sólo al fin—ojos adormilados de cansan cio—preguntaría indiferente "si el señor había salido". Y al enterarse de que no, de que había permanecido enclaustrado en su habitación, haría un vago gesto indescifrable...que bien podía ser de sueño.

Metida ya en el pyjama—verde grosularia o lila sirio, que eran "sus" colores,—se dejaría caer en la cujita...Mecánicamente esbozaría un rápido signo de la cruz sobre su pecho, y cerraría los ojos.

Antes habría recomendado a la doncella que, muy por la mañana, llamara por teléfono al *Lawn Tennis Club*, y la excusara de ir ese día "porque había amanecido con jaqueca"...

De puntillas, María saldría de la alcoba, cerrando la mampara tras de sí.

...Un suspiro hondo venció a Nadal al pensar que acaso fuera exacta, sin más ni menos, la escena que forjara su fantasía.

—Habrá preguntado por mí—se dijo—igual que pudo haber preguntado si Nataniel vino a cocinar a sus horas, y con menos interés que si el pequinés hubo devorado correctamente hambriento su comida de la noche...Es la dolorosa verdad.

De una mesita próxima alcanzó un cigarrillo y lo encendió. Tomó así mismo una revista ilustrada y se puso a mirarla cansadamente, más para ocupar las manos que para distraer los ojos.

De pronto se levantó. Oprimió un timbre que resonó lejano, y esperó.

Pasados algunos minutos se presentó en la estancia un mocetón moreno, de facha escuderil, con los ojos inyectados de sueño.

—¿Qué desea, doctor?

—Ve y despierta al *chauffeur*. Dile que prepare el carro, que voy a salir.

—¿A estas horas, doctor?

—Me parece que te importa poco, Ramón. Anda a prisa.

Ramón salió a cumplir la orden.

—Pobre Abel!—decía por el camino.—¡Despertarlo para que vaya a guiar a media noche! Y el doctor lo ha cogido de costumbre eso de andar en automóvil cuando todos están en las camas...Lo peor es que no va a ninguna parte...Rodar, rodar, rodar...¡Ese hombre está volviéndose loco!

En su cuarto, Nadal cambiaba de indumentaria. Mientras lo hacía, mantenía consigo mismo una suerte de diálogo:

—"Habrá que reconocer, Nadal, que tu mujer se preocupa muy poco de tí...Muy poco...En su pensamiento, tu lugar es más reducido que el del minúsculo canecillo asiático".

—"Ya cambiará. Es una crisis de su carácter nervioso".

—"No te ilusiones, Nadal. Todo lo has perdido...*hors l'honneur*...Y aun éste se te va deslustrando. Los "amigos" comienzan a sospechar lo que ocurre entre tu mujer y tú; y alguna vez, refiriéndose a tí, han dicho a tus espaldas: "Pobre Nadal!" Ya sabes que cuando los amigos compadecen.. mala seña..."

II

María penetró sigilosamente al dormitorio de su ama.

Era la hora meridiana, y cirniéndose a través de los visillos, inundaba la estancia la dorada luz solar.

La doncella se aproximó al lecho de Idálide, que dormía aún arrebujada en las blancas sábanas.

—Señora.. Señora...

Al mismo tiempo la remecía suavemente.

—Señora...

Idálide abrió los ojos. Entre enojada y sorprendida, preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me despiertas?

Un poco confusa la doncella explicó:

—Es que la señorita Ernesta llamó por teléfono y me ordenó que la despertara en seguida porque tiene que hablar con usted.

—¿No te dijo sobre qué?

—Sí...Es que han resuelto un viaje a Salinas para hoy mismo...

—¿Para hoy...?

—Sí; saldrán esta noche en un vapor fletado...Su hermano agasajará en Salinas con un *pic nic* al ministro de...

—Ajá! De Iverlandia...Es muy amigo de mi hermano.

Idálide saltó de la cama.

—Mira, María: prepárame el baño.

—Está pronto, señora.

—Telefona, entonces, a Ernesta y dila que me espere...que voy con ellos. Hay que gozar, ¿no te parece, Mary?

—Naturalmente, señora.

María salió. Idálide tomó una lujosa bata roja de sobre la cómoda y se dirigió al cuarto de baño, que comunicaba por una pequeña puerta con el dormitorio. A poco se oía el canto del agua de la ducha.

Fue un baño breve. Momentos después, envuelto el cuerpo en el rojo salto, Idálide se situaba frente al tocador a iniciar la tarea delicadísima de su arreglo.

En aquella suerte de *deshabillé* matinal, al mirarse al espejo, se admiró un poco... Vaya que tenían razón sobrada los que —la noche anterior, apenas,—la llamaban, en elogiosa invocación, *Aziyadé*... Morena, de una suave y dorada morenez; ojos y cabellos negros; boca roja y labigruesa: había algo de turco, de enloquecedoramente turco, en su belleza... Parecía una de aquellas mujeres constantinopolitanas que la fiebre de modernidad de Kemal Pachá extrajo del fondo penumbroso de los harenes sultanescos...

Terminado el *maquillaje* del rostro, Idálide se dedicó al cuidado de las uñas.

Lilia—una sirvienta quinceañera—vino a ayudarla, trayendo el estuche de *manicure*; y cuando esta última labor fue concluída, la bellísima recordó que aún no se había desayunado.

—Preferiría que me sirvieran naranjas esta mañana, Lilia. Dilo así en el comedor.

Cuando quedó sola, como asaltada por un impulso, Idálide se acercó al ropero, y ante la gran luna veneciana de cuerpo entero, se detuvo indecisa... En un amplio gesto abrió la bata, quedando desnuda frente al espejo que la copiaba totalmente en una manera de posesión. Sonrió... Enmarcado en la bata roja, su cuerpo parecía un fruto prodigioso brotando de una flor.

Por su mente pasó la imagen de un hombre vestido de frac: S. E. el señor ministro de Iverlandia...

—Qué no diera por verme así!—pensó diabólicamente.

Volvió a su taburete del tocador.

—María!—llamó.

La que vino fué Lilia con el desayuno.

—¿Y María?

—Está hablando por teléfono con la señora Ernesta.

—¿Todavía?

—Dice que está recibiendo "instrucciones".

Picarescamente Lilia insinuó:

—En el comedor está...

—¿Quién?

—El doctor...

—¿Rómulo?

—Sí.

—¿No te preguntó nada?

—Nada. Me dijo que le mandara servir el almuerzo porque tiene que ir temprano al consultorio.

—Bien—terminó Idálide;—entonces vísteme pronto. He de hablar con él antes de que salga...

III

EN su biblioteca—un pequeño salón amoblado a la inglesa—Rómulo Nadal, tumbado sobre un butacón de cuero, leía los diarios.

Idálide irrumpió en la estancia.

—Buenos días—saludó glacialmente.

El respondió cortésmente, pero en el mismo tono, y le ofreció un asiento, que ella rechazó.

—Esta noche—dijo—nos vamos a Salinas con mi cuñada. Luis hace un agasajo al ministro de Iverlandia. Tú...¿querrías ir?

—No; ya sabes que estoy muy atareado.

—Sí; claro. Suponiéndolo, me apresuré a excusarte con Ernesta. Comprenderás, la expliqué, que la clientela no deja un minuto libre al pobre Rómulo.

—Es verdad...

Nadal no soltaba de la mano el diario que estuviera leyendo, y frecuentemente le echaba ojeadas rápidas, como para demostrar por este medio que le fastidiaba verse interrumpido en su lectura.

—¿Venías a anunciarme tu viaje, Idálide?—dijo al fin.

—Sí...Encuentro que no te molestará.

—No; en lo absoluto. Que te diviertas.

Volvió a caer entre ellos, como una pesada cortina negra, un silencio embarazoso. Idálide revelaba a las claras su inquietud.

—Va con nosotros, también, mamá...

—Ah!

Nadal sonrió burlescamente.

—Convendrás conmigo, Idálide, en que doña Concha posée una constitución de acero...Anoche trasnochó; esta noche, otra vez. ¡Y a sus años!

—Lo hace, como ella dice, por cuidarnos a Ernesta y a mí...

—...que ya estais crecciditas para haber menester de dueñas.

Otra vez el silencio, roto ahora cortantemente por Nadal.

—¿Deseas algo para el viaje, Idálide?

—Sí...Poca cosa,

—¿Cuánto?

—Un mil...

—¿Mil sucres?

—Sí...; de lo mío.

—Ya lo sé. Espera a que gire un cheque. Vuelvo.

A poco regresaba Nadal.

—Ahí tienes—dijo, ofreciéndole la orden extendida—lo que necesitabas...¿Algo más? ¿No? Feliz viaje, entonces.

Sin responder, Idálide abandonó la biblioteca.

Nadal, solo, tornó a sumirse en la lectura de los diarios, tranquilo en apariencia.

Mas, transcurridos pocos minutos, llamó nerviosamente a Ramón, que era su servidor predilecto.

Cuando éste vino, le ordenó:

—Telefona a la clínica y avisa al portero que esta tarde no doy consulta porque me siento enfermo. Dí que llame al doctor Rosas para que pase la visita a los internados.

—Está bien, doctor.

—Ah...Luego llamas al Norte-93, a casa de Corradini, y le dices a Gerardo que venga acá a las dos sin falta. Que he de hablar con él sobre un asunto urgente.

IV

APENAS sonada la una, transcurriría una hora larga antes de que viniera Gerardo Corradini.

Nadal decidió esperarlo en la biblioteca. Consideraba ese ambiente propicio a la confidencia que habría de hacerle.

Corradini era su mejor amigo, y no ótro que él era llamado a conocer y acaso prestar solución en su "drama" conyugal... Resuelto estaba a vaciar en el secreto cordial del amigo todo su dolor silencioso por el derrumbamiento de su hogar; destrucción realizada día por día, calladamente, escondida entre las paredes de la casa...como esas agonías lentamente resignadas de los tísicos.

Compañero desde las bancas de la escuela—¡oh, los días del buen maestro Reinoso, que Alá conserva aún para su gloria!—Gerardo Corradini estaba tan al corriente de la historia de Nadal acaso como de la suya propia. El vió nacer y alentó a crecer sus amores con Idálide...

Amores que nacieron mansamente, sin aquellas truculencias románticas que caracterizan—por lo general—el minuto en que la vida pare el amor definitivo.

Entonces—en aquel entonces un poco lejano ya,—Rómulo Nadal, flamante bachiller, vivía con su madre en la humilde casuca que les comprara el Gobierno "como un homenaje a la memoria del bravo mayor Rigoberto Nadal (17º Batallón), muerto gloriosamente en la campaña de Esmeraldas, y a objeto de remediar en algo la penuria de su viuda y tierno huerfanito"—según rezaba el consiguiente decreto...

A la casa vecina—pared con pared—llegó una numerosa familia campesina—ricos propietarios de plantaciones caucheras—que venía a la urbe porteña "a educar a las niñas".

Trabaron amistad con la madre de Nadal...Una amistad que, por parte de la viuda del militar, no era muy sincera.

Nadal recordaba la cacareada frase de la madre: "Los nuevos ricos y los montuvios ricos, son dos grandiosas calamidades sociales. Quieren rolar, sin más ni más, en pie de igualdad, con las familias cuya historia no comenzó en Alfaro...que hizo a mucha gente, hijo mío..."

En cambio, la familia campesina—Monje Ríos—era toda cordialidad.

—Es ahora que han cambiado...con la civilización!—lamentó Nadal.

La prole de los Monje Ríos era en su mayor parte femenina; sólo un varón había: Este bendito Luis que ahora resultaba tan amigo del excelentísimo señor ministro de Iverlandia...

Rómulo Nadal no prestó mucha atención a las *monjitas*, como en broma las llamaba...y mucho menos a Idálide, que era de las menores y estaba pequeñina entonces Doce años quizá.

Acaso alguna vez—en los entreactos de sus noviazgos bachilleriles—pensó en alguna de las mayores...En Idálide, nunca.

Y sin embargo...Cada vez que horas fijas—volvía a su casa o salía de ella, la encontraba asomadita, sonriente, al aire la pomposa cabellera negra, picarescos y hablantines los ojos que iban ya perdiendo la vaguedad de su mirada infantil...La saludaba...y *au revoir!*

Sabía de los "chicos" que ella se gastaba; hasta fue amigo de alguno. Asímismo, Idálide fue amiga de su "novia"...(una buena muchacha, cuyo nombre casi no recordaba, que a sus dieciocho años tuvo en su vida ese inútil cuanto imprescindible papel de "novia"...la pobre).

En ocasiones solía hablar con Idálide, y entonces ella le preguntaba por la "novia"; y él, a su turno, se informaba cumplidamente de la salud de Arturito, de Juanito, de Riquito, del que estuviese en el horizonte...¡La vida!

...Fue para unos carnavales. Carnavales a la criolla, con agua, con mucha agua, con "llevadas a la pipa", con anilinas...La tuvo él entre sus brazos, bañada totalmente, formas esculpidas por el abrazo pegajoso del agua. Y comprendió que el cuerpo de esa muchacha era un prodigio en amanecer... Osado, en un momento de soledad, la besó en plena boca.

Bajó ella la mirada; se libró de sus brazos...y no dijo nada...

Pero, a la mañana siguiente, a la hora en que Rómulo solía salir, ahí estaba la pequeña Idálide, sonriente, trenzas al aire, en su ventanita, acodada..

....

....

V

La evocación de aquellos días felices, tanto más remotos en apariencia cuanto menos semejantes les eran en realidad los actuales, conturbó profundamente a Nadal.

¡Cómo todo era distinto ahora! ¡Si antojaráse que la Idálide de ogaño no era ni un burdo remedo de aquella otra!

—Parece mentira...Y sin embargo, Idálide es mi mujer!

Recordaba los años que precedieron al matrimonio...

Nunca tuvo intenciones de hacerla su mujer: Corradini podía atestiguarlo...Dedicado al estudio de la medicina, hacia la cual sintiérase llamado por irresistible vocación, en los ratos libres—muy pocos y muy breves—buscaba amoríos fáciles, sin consecuencias y sin peligros.

Idálide, que seguía siendo su vecina, sabía al dedillo sus tenoriadas, y nunca, nunca,—lo recordaba bien—le reprochó.

Durante meses, dejaba hasta de saludarla. Cuando malferido de alma, abatido en algún lance de mal amor, volvía a ella, era recibido con ojos un poco entristecidos pero amorosos...

Le decía a Corradini:

—De esta muchacha tengo miedo. Siento que me va ganando. Un día llegará en que por entero me habrá conquistado.

Y ese día llegó en efecto.

Doctorado con éxito—no registrado en los anales de la Casa, según la expresión del Decano,—la Universidad lo becó en París.

Y en París se encontró con Idálide. La familia campesina había decidido terminar "la educación de las niñas" en la bella capital de Francia.

Cuando—finado el tiempo de la beca,—Nadal hubo de regresar, Idálide, que entonces ya tenía veinte años, le lanzó de sopetón esta frase:

—¿Pero es que no te casarás conmigo?

Y él, atontado, sin tiempo para reflexionar, dijo que sí, que sí...

Y se casaron.

Vuelto a la patria, la orgullosa viuda del héroe de Esmeraldas protestó por "ese matrimonio desigual que Rigoberto jamás hubiera consentido", y decidió instalar casa aparte.

La moda aupó al joven galeno que venía de París "recibiendo el baño de ciencia que es el ambiente mismo de la capital del mundo civilizado"—como dijo, orondo y magnífico, un semanario local. El público, ese monstruo con muchas patas

y pocos ojos, "determinó" que Nadal "era bueno" para las enfermedades del corazón...Y él—que en París se dedicara a perfeccionar dermatología—hubo de acatar el veredicto inapelable de la clientela.

Que era abundante, claro, y le dejaba dinero.

Su vida al lado de Idálide se deslizaba plácidamente. Amaba a su mujer y estaba muy seguro del amor de ella.

En aquel tiempo—no obstante la pena de la madre ausentada—casi se sentía feliz.

Y con él, Idálide...

Acaso el deseo de un hijo—que él sabía imposible—era un resquemor inconfesado...A ratos, quería—hubiera querido—desengañar a la esperanzada.

Y así—casi tres años—hasta que volvió de Francia doña Concha—la suegra—con Luis, que había desposado a una parisina: Ernesta Sorel.

La venida de la parentela marcó una época de fiestas, de bailes, de paseos al campo.

Al principio, Nadal—dejando de lado sus compromisos profesionales—concurría con Idálide; después, un poco disgustado del carácter ultracivilizado de Ernesta, se abstuvo de ir, permitiendo que Idálide lo hiciera sola.

—Fue un error—musitó Nadal.

Como las hermanas de Idálide se habían quedado en Francia con el padre, doña Concha—asistida en este proyecto por su nuera Ernesta—habló de un viaje a París.

Debía ir Idálide, claro. Primero, el ozono del mar. Después la vida de la urbe máxima, que abre al espíritu un horizonte desconocido. Las modas...¡qué nuevos modelos habría lanzado la calle de la Paz!

Débil, acosado por la urgencia melosa de la suegra, Rómulo consintió en separarse de su mujer por seis meses.

—¿Qué son seis meses, hijo mío, frente a la vida larga!

Sólo que cuando Idálide regresó...ya no era Idálide.

No medió entre ellos un disgusto; ni la más pequeña frase desentonada. Y sin embargo, ¡qué remota la sentía; qué distinta de él y qué distante!

Como un desagradable recuerdo de pesadilla, guardaba en su memoria el gesto frío, de resignación, de pasivo soportar—de ella—al beso enardecido de él...

Dignidad herida,—ahora fue él quien se alejó.

Sus vidas desde entonces—aparentemente unidas—corrieron por cauces lejanísimos.

Semanas había en que ni siquiera por casualidad, aún viviendo bajo el mismo techo, se veían.

Y de esto—de este horrible martirio—un año...

VI

EN el vano de la puerta de la biblioteca apareció la figura de Gerardo Corradini.

Era un hombre joven, moreno, de esbelta talla, fornido, guapo a carta cabal, y—según la frase hecha para él,—sudaba alegría,

Rómulo Nadal se levantó a recibirlo,

Se saludaron con un efusivo *shake-hand.*

—¿Qué ocurre, hombre? Ramón me dijo que me requerías urgentemente...

Nadal lo hizo sentar frente a él y comenzó a hablar.

—Mira, Gerardo: Aunque nuestra amistad ha sido tan íntima que nada te oculté de cuanto ocurría en mi vida...sobre un asunto he guardado reserva...aún contigo.

—¿Qué es ello?

—Mi situación frente a Idálide.

—Sí bien—interrumpió Corradini—no creía que reinaba entre vosotros absoluta armonía, la verdad...; no suponía que aquello fuera algo grave. Disgustillos caseros inevitables. Sal del potaje conyugal, pimientillas...Con Anita, los tengo también...

Nadal declaró:

—Pues lo nuestro es algo mucho más serio que aquello.

Y explicó:

Amaba a Idálide. Y le era insoportable la vida así! A ratos le obsedía la tragedia: finarla en un epílogo violento...Anhelaba una solución para su caso. La habría, sin duda. Contaba con que ella, a pesar de todo, lo quería. Lo suyo era ofuscación, era nervios, era...cualquier cosa; pero lo quería. No así como así se deja de querer.

Corradini escuchaba atento las palabras del amigo, conmovido por su sincero dolor.

—Hallo que tú eres el culpable—dijo a la postre.—Sólo tú. No la comprendes.

Nadal se revolvió:

—Como sea. Nada importa el culpable. Y no es oportunidad para recriminaciones. Lo que necesito es un remedio: ¿existe?

Corradini, optimista, le aseguró que lo había, naturalmente.. Y mucho más contando como base con el cariño de ella...en el fondo.

Esbozó un "plan de combate". Lo detalló luego.

—¿Quieres seguirlo, Nadal? Es infalible.

Nadal—que en su naufragio se hubiera agarrado a un clavo ardiente,—lo aceptó encantado.

-Lo cumpliré al pie de la letra.
Se despidieron.
Cuando Corradini hubo abandonado la estancia, Nadal llamó a Ramón.
—Cumplamos la primera parte del plan—se dijo.
Y sonrió, satisfecho.
—Mira, Ramón—dijo a éste que entraba,—¿sabes si Idálide ha salido?
—Está en su habitación, doctor.
—Ah...Vé a la casa de mi cuñado Luis y dí a Ernesta que Idálide se ha sentido bruscamente indispuesta y desiste de ir a Salinas esta noche.
Ramón sonrió picarescamente.
—Está bien, doctor.
—Cualquier dificultad la obvias tú, ¿eh?
—Perfectamente.
—Bien...Al paso, llégate a la habitación de Idálide y dila en mi nombre que venga en seguida.
Ramón fue a cumplir las órdenes.
Minutos después se presentaba Idálide en la biblioteca con aire malhumorado:
—¿Qué deseas?
Inconscientemente, Nadal adoptó un duro "*mise en escéne facial*".
—Te llamé para decirte que he resuelto que no vayas al viajecito ese de esta noche...a Salinas.
Idálide se inmutó. Preguntó, sorprendida:
—¿Por qué?
—¿Quieres una razón?
—Naturalmente, Rómulo.
Dejó caer Nadal pesadamente esta frase:
—Pues...porque no me da la gana.
Era parte del "plan"!

VII

CUANDO el fámulo llegó a casa de Ernesta, se hallaba ésta en la elegante y penumbrosa antesala en animada charla con el doctor Souza, ministro de Iverlandia.
Eran viejos amigos. Felizardo Souza, entonces secretario de la embajada de su patria en París, había conocido a Ernesta antes de que Luis Monje la desposara, y según confesaba la propia Ernesta, su padre debía muchos servicios al diplomático iverlandés.
Al recibir el recado de que Ramón era portador, Ernesta lo despidió con un seco "está bien", y luego, dirigiéndose al doctor Souza, dijo:

—Algo de esto había de suceder. El ave está dura de pelar.

Su interlocutor hizo un gesto afirmativo.

Ernesta prosiguió:

—Es raro. Quiere al marido, que es una suerte de inaguantable majadero, y sin embargo, marcha mal con él...Creo que no cruzan palabra en meses.

—Pero ¿es que lo quiere de veras?

—No sé; entiendo que sí; no habría otra explicación de ciertas cosas de su conducta mejor que ésta. Vea usted; en París —ya sabe la vida de alegría que nos llevamos!—la galantearon mucho...Es guapa y a la sazón las morenas estaban a la moda...Pues, nada. Una fortaleza. Un castillo...pero no de naipes. Una burgesa perfecta, vamos...Yo le decía, entre bromas y veras, que había nacido para madre de familia.

Souza sentenció.

—Eso define un fondo de honradez...encantador de vencer... *Ça irá!*

Añadió:

—Lo que usted dice no autoriza a creer que ame al marido.

—Sí; pero es que hay algo más. Refiriéndose a alguien que la cortejase, decía invariablemente: "Mi marido es mejor que este tipo". Inevitablemente...Y cuando yo le preguntaba porqué se llevaban la vidita que se llevaban, me respondía—y me responde—casi en un sollozo: "Uhm! Las cosas son así; no nos entendemos".

—Interesante!

—Usted mismo, doctor Souza, creo que no ha avanzado mucho con mi cuñadita, ¿no?

—Nada. O casi nada. Usted lo sabe. Ni una sola frase prometedora. Siempre el mismo fino rechazo.

—Y es ya de algún tiempo la empresa.

—Cuatro meses. Si casi tengo abandonada la legación en Quito. Voy...y en seguida vuelvo.

—Iverlandia va a cancelar sus credenciales.

—Si tal sucediera, no lograría Iverlandia moverme del Ecuador. Quedaría...con una tienda de comercio...¿eh?

—Idea magnífica, ministro.

—Mía, Ernesta...nada más.

—Recrudece en usted la vieja "fachendosidad" iverlandesa, doctor.

Rieron.

Souza dijo:

—Volvamos a lo nuestro...Idálide, ¿cómo se expresa de mí?

—Ya sabe usted que finjo no percatarme del asedio que usted mantiene cerca de ella. Jamás tocamos ese punto.

—Pero así, generalmente...

—Ah, muy bien. Dice que usted es un caballero muy galante y muy correcto...como todo buen iverlandés.

—Es favor...

—Agradézcaselo a Idálide.

Un mozo entró con un servicio de té. Ernesta hizo los honores.

Mientras saboreaba la *infusión asiática*, el doctor Souza decía:

—Lo cierto es que nuestra fiesta se aguó con la ausencia de la señora de Nadal.

—Gracias por los otros que vamos, doctor.

—Perdóneme. Usted comprenderá. Pero, ¿cuál será la causa real de la excusa?

—Acaso sea verdad lo de la indisposición.

—Temo mucho que no. Quizá el marido la ha prohibido de ir.

—No. Es incapaz de eso el pobre Nadal.

Souza sonrió.

—Usted lo conoce mejor que yo, Ernesta...

VIII

ROMULO NADAL siguió durante algunos días, al pie de la letra el "plan" que le aconsejara Gerardo Corradini, y cuyos infalibles resultados no debían de hacerse esperar.

Ateniéndose a lo convenido, Rómulo manifestó para su mujer una indiferencia absoluta...tal como si Idálide, con toda su arrebatadora belleza, no alentara cerca de él. No ocultaba Nadal a su mujer sus aventuras callejeras, aún gloriándose de las tales en su presencia. Todo para excitar sus celos...¡y su amor dormido!

Por otra parte—y en esto radicaba el fuerte del plan—Gerardo Corradini había tendido en torno a Idálide un círculo de cortejo. Pretextando que su familia se había ausentado a la Sierra, y aparentando acceder a una invitación de Rómulo —pero perfectamente de acuerdo con éste,—Corradini se sentaba mañana y tarde a la mesa de los Nadal y procuraba por estar lo más cerca posible de Idálide, a quien decididamente abordó...

Aunque el cortejo era escandaloso y en las propias barbas del marido, éste finjía no darse cuenta...y diariamente se encontraba con su amigote, fuera de casa, para cambiar impresiones...

—Se muestra reacia a aceptarme, Rómulo. Me voy convenciendo de que te quiere y se respeta.

—Bien. Pero sigue adelante. Sin miedos. Sin dudas. Hemos de sacar todos los frutos posibles de esta idea felicísima.

—Convenido.

Y en la extraña alianza, marido y amigo creían hacer sus papeles respectivos a las mil maravillas; el uno, de engañado; el otro, de galanteador.

Idálide estaba aislada, prohibida de salir como la tenía Rómulo. Su madre, su cuñada y su hermano habíanse quedado por una temporada en Salinas; en cuanto al ministro de Iverlandia, Idálide sabía que estaba en Guayaquil, alojado en el Ritz, pero que preparaba su regreso a Quito para hacerse cargo de su descuidada legación...Y, en realidad, de este buen señor era de quien menos se preocupaba la encantadora Idálide...

El galanteo de Corradini—tan amigo de su marido—la sorprendió dolorosamente.

—Qué vileza!—decía.

Pero, acostumbrada a soportar las impertinencias masculinas, dejó hacer...

A cada avance de Corradini, ella protestaba y amenazaba; pero, bien afirmada en su confianza en sí misma, no temía.

—Ya se cansará,—pensaba.

Un día, quizás el trigésimo del "asalto", Corradini creyó que era el momento propicio para intentarlo todo. Se puso de acuerdo con Nadal y prepararon la escena...

A la hora matinal del baño de Idálide, Corradini debía irrumpir en la estancia y apresarla en sus brazos...y hablarla, hablarla...Nadal, oyéndolo todo, estaría tras de la puerta.

¿Cómo reaccionaría Idálide? ¿Qué haría?

Sucedió tal y como lo presumían los cómplices.

Corradini la acechó en el mismo instante en que saltaba del baño a medio vestir y trató de estrecharla contra sí.

Agil, Idálide se desasió y luchó, luchó...Como le faltaran las fuerzas, llamó a gritos. Y a quien llamó fué al marido.

—Rómulo! Rómulo!

Nadal entró:

—¿Qué sucede?

Idálide señalando a Corradini, acusó:

—El vil! El perro! El traidor!

Y añadió, llorando:

—Mátalo, Rómulo! Mátalo!

La cosa tomaba un sesgo grave. Corradini—como esos actores que en los últimos actos tienen el papel de explicar la trama,—se adelantó a Idálide y dijo:

—Todo era una farsa, señora; una farsa. Queríamos ver qué haría usted; nada más. Nadal lo sabía.

Idálide se inmutó.

—Ah, era una broma, ¿no? Muy bien urdida; muy bien urdida.

Rómulo sonrió satisfecho:

—Me he convencido de que eres honrada, adorada mía.

La besó. Corradini resplandecía. Era el triunfo. El éxito definitivo de su infalible plan.

—Por supuesto que esto hemos de celebrarlo. Lo merece.

Idálide musitó:

—Seguramente. Lo celebraremos...

Nadal y Corradini abandonaron la estancia.

—Te dejamos, y vé arreglando tus cosas; porque esta misma noche, con nuestro Corradini, haremos rumbo al golfo en un lindo yatecito cuya compra arreglaré hoy mismo.

—Entonces, si lo permites, saldré un rato de tiendas esta tarde.

Desde la puerta, Nadal envió un beso a su mujer "reconquistada".

IX

CUANDO quedó sola, Idálide se aproximó al teléfono y llamó al Ritz.

—Centro...4-4-5...

Atendido su pedido, solicitó comunicación con el departamento particular del ministro de Iverlandia.

—...... ....

—Ola, ministro!

—..

—La misma.

—....................... ....

—Lo llamaba para decirle que me espere en su departamento del hotel esta tarde...a las cinco...en punto...para tomar una taza de té.

—..

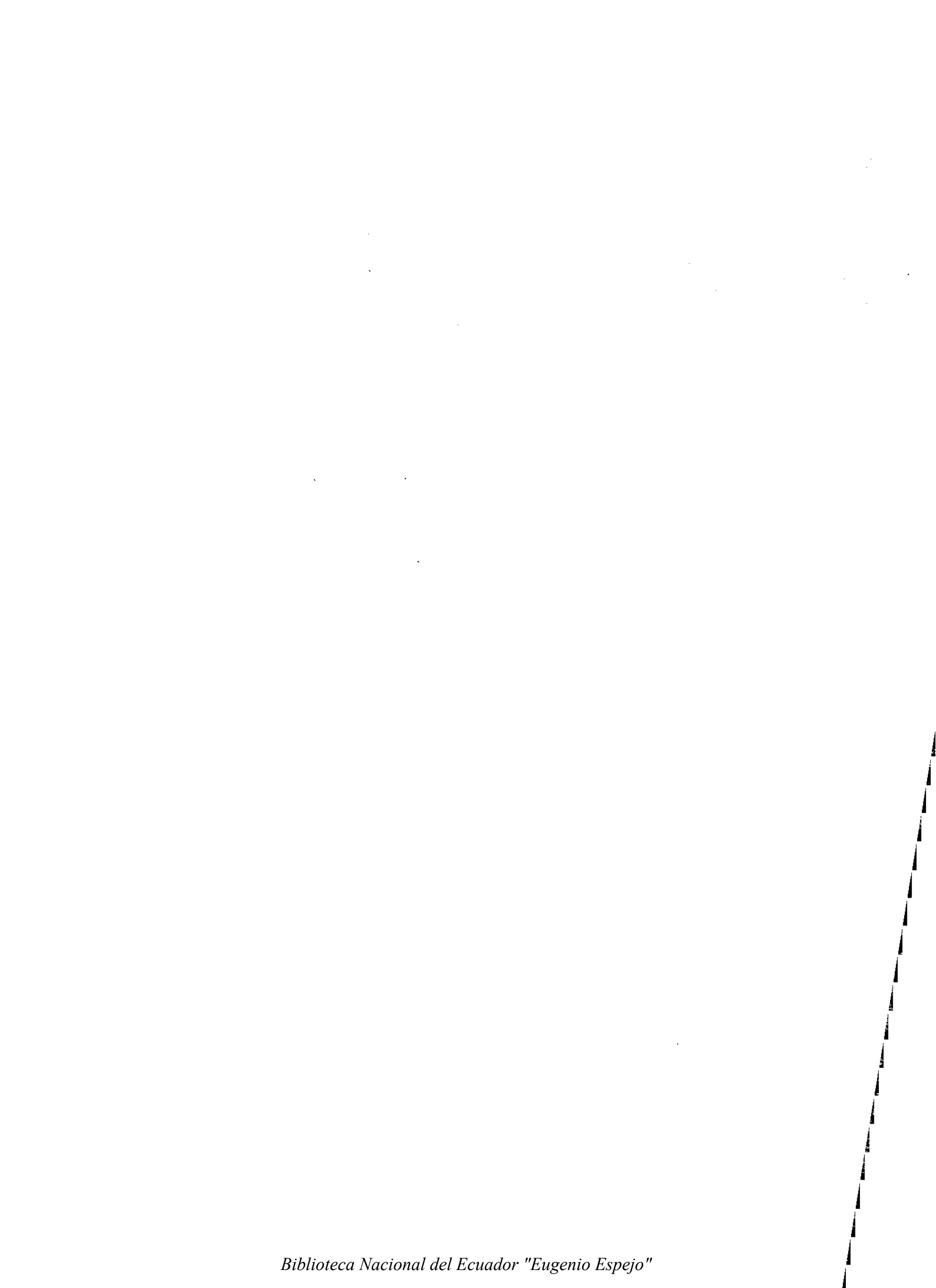
—Iré sin falta.

Y cortó bruscamente la comunicación.

Sonrió malignamente.

—Ya se *sabe—murmuró como* si explicara a alguien—lo que en estos casos significa esta pequeña cosa de nada...una taza de té.

1926



El Maestro de Escuela

A Rafael Heliodoro Valle



I

DON Gaspar Godoy y Feo acababa de dictar su clase de por la tarde.

—Quede, pues, entendido, queridos niños míos-concluía,-que el vulgarmente llamado cuchucho, es nada menos que el *nasua socialis* de los tratados de zoología, y que sus costumbres privadas no autorizan en modo alguno la mala fama de enamoradizo y arriscado que suelen darle por estos lados. Mansa e inofensiva bestia, la tal, que muy lejos anda de justificar el que con ella se compare a cualquier tenorio andariego y bravucón! Enamorado como un cuchucho... Puah! Como no es cierto, tampoco, que ande metida en enredos de jorguinería...

Irguióse todo lo que le permitía su torso corcovado, y, a pasos lentos y majestuosos, descendió de la plataforma que sostenía por alarde de jerarquía el viejo pupitre, nidal de termites.

—Niños,-dijo con voz solemne;-podeis retiraros...

La alborotada muchachería-unas cuarenta unidades, como habría dicho el propio *magister*,-se amotinó contra la puerta.

—Ea! Ea! A formar los rangos! Tú, Juanillo, que eres capitán del de *arriba*...Tú, Pepín, que lo eres del de *abajo*...Ea! Iros! Que no os quedeis a retozar por las calles. Ya sabeis que el nuevo teniente político no soporta como el anterior vuestras zaramulladas...

Daba el aula a la calle. De pies en el umbral de la puerta de salida, mirando ora a un lado, ora al otro, demoró unos minutos. Cuando se cercioró de que los rangos, alineaditos, enfilaban por sus direcciones respectivas, cerró la puerta y corrió el pestillo.

Lo hizo estremecer de cólera un grito lanzado sin duda por alguno de los educandos, que habríase quedado rezagado, escondido tras cualquier estante de las casas vecinas.

—Ah, feo Godoy! Feo, feo! Gallego! Cuchucho!

Palideció. Solo en el gran salón, apoyóse contra un bancal.

—Será ese retobado de Felipín. Hijo de tal el mequetrefe!

Serenóse. Ya las pagaría juntas y con las setenas el atre-

vidillo, mal amansado. Instintivamente aproximóse al pizarrón, detras del cual pendía de un enmohecido clavito el sanmartín, la célebre palmeta de los *domines* rurales.

La tomó en sus manos sarmentosas y acariciόla con una suerte de fruición. Y sonrió.

Así sonreirían los grandes inquisidores cuando, en sus visitas a las sombrías cárceles del Santo Oficio, penetraban en la sala de tortura y contemplaban los potros del suplicio.

Fué, pues, la sonrisa de don Gaspar Godoy y Feo, una sonrisa "a lo inquisidor".

Dejó en su puesto la palmeta, no sin antes despedirse de ella con una larga mirada casi amorosa, y llegóse a una puerta excusada que abríase detrás mismo del pizarrón, el cual venía a disimularla. Por ella se introdujo en sus habitaciones particulares...

Frisaba don Gaspar con los setenta...por no decir abriles ni diciembres; digamos, por mor de semejanza en la alegoría de los años, julios soleados o soleados agostos; pues, manteníase fuerte y duro, viril y enérgico, como si aún no hubiese doblado la cúspide del medio siglo. Hacía milagros su estirpe vasca.

Y esto que no era de salud precisamente de lo que había gozado en su larga vida.

Jovenzuelo imberbe era cuando vino a estas tierras ecuatorianas en procura de una sonrisa de la fortuna; pero, la voluble e inconstante diosa no tuvo para con él las preferencias que, al decir de Carlos I, suele tener para con los jóvenes.

Por mucho que era guapo el mocetón, con sus ojos azules, claros e ingenuos, y su elevada estatura de guerrero de Thor, del Urtzi Thor de su país de gigantes...

En los comienzos, anduvo, cierto es, por camino de llegar a rico. Durante dos o tres años trabajó en "Bidasoa", la hacienda que un su paisano, don Juan Aldecoa, quien lo hizo venir a América, poseía en plena selva virgen tropical. Algunos áureos ahorrillos se escondían profundamente en su hucha de inmigrante. Entreteníase por las noches, oyendo a lo lejos el hipócrita maullar de los jaguares, metido en su toldo por miedo de los mosquitos implacables, en repasar entre sus dedos -ya encallecidos-los relucientes condores.

—*Bat! Bi! Iru! Lau! Bost!...Amar!...Emezortzi!*

Porque en la soledad gustaba de emplear su antiquísima lengua euskara, que acaso fuera la misma en que Adán dirigió los primeros piropos a la asequible Eva.

Desgraciadamente, a poco de su llegada murió el patrón. Sus hijos, los Aldecoas criollos, no guardaron consideración alguna para con el paisano de su progenitor.

—No; nada de preferencias. A trabajar como todos los demás de la hacienda.

Tampoco-mucho menos-quisieron reconocerle la donación verbal que habíale hecho don Juan de unas cuantas cuadras de terreno en la montaña. No, señor. Nada de eso. En ninguna de las cláusulas testamentarias se hacía referencia a tal donación. Invenciones del gallego vivo! Lanza brava había sido por más que parecía mosquita muerta!

Gaspar Godoy y Feo tuvo, pues, que dedicarse a los rudos y humildes menesteres de los peones de fundo: rozar, tumbar cacao, vigilar-en las noches caliginosas-los tendales en que se secaba la pepa de oro.

No se arredró. Arrestóse, antes bien, a triunfar en su nueva forma de vida. Ya sabría él hacerse necesario, indispensable...y salir adelante. Porque no había que pensar en regresar con las manos vacías al terrón remoto.

Pero el destino quiso otra cosa, que no darle el éxito.

Un saco de cacao-dos quintales y libras,-resbalándose desde lo alto de la rima, a cuyo pié estaba sentado Godoy, le cayó sobre la espalda, y se le fracturó la columna vertebral.

Sufrió dolores escalofriantes, peores que todos los tormentos imaginados.

Sus compañeros de trabajo en "Bidasoa", lo condujeron en canoa hasta la entonces llamada Bodegas; y, de ahí, uno de los tales, a Guayaquil en vapor.

En el hospital del puerto estuvo seis meses, luchando a brazo partido con la muerte. Venció al fin su constitución de acero, y pudo, a la postre, salir del hospital con el alta.

Al mirarse en un espejo, no se podía convencer de que era él mismo quien se reflejaba en la luna. Había disminuído, en realidad, de estatura, y su espalda jibosa dábale un aspecto risible. Al juntar los pies, ocurríasele como que sus piernas se le hubiesen hecho estevadas.

Ya no podría trabajar como antes lo hiciera. Sentíase con ánimos; pero, el médico habíale prescrito un régimen de vida del cual estaba desterrado todo esfuerzo muscular prolongado o violento, siquiera hasta que se endureciera el tejido óseo recién formado de las quebraduras.

Tornó a la hacienda. Restábale una esperanza vaga de que no obstante sus circunstancias físicas, podría encontrar algún modo de vivir independiente, por su propia cuenta, sin extrañas ayudas. Por lo demás, en la hacienda quedaban sus trebejos, sus trapillos y una escasa parte de sus ahorros malogrados.

Tuvo una grata sorpresa al regresar. El fundo había cambiado de dueño. El nuevo propietario era un ecuatoriano que había cultivado relaciones de amistad con Godoy desde que éste llegara al país. Comerciante radicado en Guayaquil, don Esteban Pérez dedicábase a la exportación de cacao. Por adquirir personalmente el producto, sin valerse de intermediarios que hacían subir vanamente las cotizaciones con miras a su propio provecho y nada más; había hecho el comerciante frecuentes viajes a "Bidasoa", donde Godoy-personaje influyente en la época de su paisano Aldecoa,-había extremado con él atenciones y finezas.

Don Esteban Pérez, que conocía mejor que nadie el valor y la importancia del predio, lo adquirió en el remate voluntario a que lo sacaron los herederos de don Juan Aldecoa-enredados en un laberinto judicial;-y, por supuesto que por un precio irrisorio.

—Mire, don Gaspar-habíale dicho Pérez a Godoy cuando éste volvió después de su estada en el hospital porteño;-yo necesito aquí en "Bidasoa" un hombre como usted, esto es, honrado a carta cabal, formalote, sin vicios. Bien comprendo que usted, por su condición de extranjero, no entiende mayor cosa de los intríngulis del manejar una hacienda como ésta en la que hay de todo: cacao, frutales, ganado... Pero, no es encargarlo de la dirección de los trabajos lo que yo quiero. Su enfermedad no permite pensar siquiera en la posibilidad de ello. Lo que deseo es, como dije, contar con una persona honorable que me vigile esto, que abra bien el ojo, que esté en todo; ¿eh?

Godoy que sin ser quisquilloso exaltaba su dignidad al lugar que corresponde, había pedido aclaraciones. ¿Cuáles serían, propiamente, las funciones que habría de desempeñar? No las de espía, naturalmente; que, así, no aceptaría jamás. No tenía madera para soplón. Preferiría morirse de hambre. Que no se moriría. Felizmente, en el Ecuador todavía no se había dado caso...

Don Esteban Pérez explicó. Vaya con el españolito éste tan remirado! Y así eran todos, por lo menos los que él conocía. Más cara...chos que el Cid y más orgullosos que don Rodrigo en la horca...

—No-había añadido;-su papel don Gaspar, nada tiene de rebajado ni de menospreciable. Vigilancia es lo que quiero. Que, cuando yo no esté aquí, usted me represente, ¿estamos?

Amplió su pensamiento. Dió detalladas instrucciones que convencieron a don Gaspar de que, en efecto, su cargo no era deshonroso ni mucho menos.

Habían tratado luego de la retribución.

—El sueldo será escaso. Veinte sucres mensuales, por lo pronto. Pero, además, le haré construír una casita para que en ella viva decentemente...y puede pedir en el almacén de la

hacienda hasta otros veinte sucres mensuales en comestibles o telas. Como usted es soltero...y sin pendón...

Habíase quedado silencioso el inmigrante, meditativo.

Pérez, forzándolo para que aceptara su proposición, insistía:

—Le conviene. Créame usted!

Pero, Godoy dudaba. Por mucho que en esa época el sucre andaba por ahí con el dólar, la cantidad parecíale corta. La oportunidad de la ocupación hacíale volver a acariciar sus sueños de riqueza.

Entonces, Pérez le dió una idea, magnífica según él, y que, a la verdad, no era mala.

—Vea, don Gaspar; como usted tendrá casi todo su tiempo desocupado, puede enseñar a leer a los hijos de los peones. Les cobra por mes, ¿qué le parece?, a cinco reales por chico. De perlas, don Gaspar! Con lo instruído que me parece usted! Bueno...que, a lo menos, habla bien nuestra lengua, no como otros vascos que yo conozco en Guayaquil...

Prestó Godoy sú consentimiento. Sí-calculando despacio,-no estaba mal.

Y la escuela se fundó.

Por su parte, dón Esteban Pérez cumplió con todo lo ofrecido. Se construyó la casuca, cañiza y techada de bijao, en ese estilo *bungalow*, mejor dicho semejante al estilo *bungalow*, tan característico de las construccciones de nuestra campiña ecuatorial. Amplia y cómoda, la casuca estaba ubicada casi a la orilla del río de las Juntas, que cruzaba por la hacienda, y tenía dos frentes: el dé la ribera y el que miraba a tierra adentro.

—Es previsión, don Gaspar-había dicho don Esteban Pérez,-eso de las dos fachadas. Ya verá; ya verá. No pasará mucho tiempo antes de que se haya formado en torno de su casa y de la de la hacienda, un caserío, un villorrio, quién sabe si una aldea. Y es por lo mismo que he mandado construír, como usted lo advertirá, en línea recta con la de la hacienda, su casa.

No anduvieron descaminadas las profecías del entusiasta propietario. Al correr de los años, con esa vitalidad extraordinaria que se nota en los países nuevos, había nacido donde se pensara, un pintoresco pueblecillo-San Esteban se llamó en honor al dueño de los terrenos donde estaba fincado,-que mereció, primero, ser considerado en las rudimentarias cartas de navegación fluvial de canoeros y balseros, como puerto de arribada forzosa en los viajes por el río de las Juntas, y luego, la especialísima distinción de la erección en parroquia, bajo la designación de Puerto Carrión, en homenaje al presidente *reinante*, don Jerónimo Carrión, y la consiguiente expropiación de un área de tierra capaz para que contuviera dentro de ella

lo edificado y diera margen al natural desarrollo de la población.

Al correr de los años...

También habían pasado-claro!-para don Gaspar, y no sin hacer su efecto.

Silenciosamente había vivido su vida, marginado a propósito, manteniendo incólume una santa-quería él-serenidad. Tumbos diera su suerte, en lo económico, durante los primeros años de su renovada existencia en "Bidasoa"-cuando todavía se llamaba de aquel modo que le recordaba las claras linfas del río patrio. Después, creada la parroquia, no tuvo mayores preocupaciones. Había renunciado al empleo en el fundo y no pesaba ya sobre sus noches el temor de un cambio de dueño, que lo sumiera en nuevas complicaciones. Su *modus vivendi* daba de sí. Llegó en ocasiones a tener hasta un centenar de alumnos; lo cual le permitió-reducidos como eran sus gastos-ahorrar y hacerse abrir una cuenta de depósito en un banco guayaquileño,-cuenta cuyo saldo a favor iba siempre en aumento. Y seguía viviendo, sin preocuparse mayor cosa de sí mismo.

A veces, algún acontecimiento hacíalo reflexionar sobre su propia existencia. Ora, una carta era que venía del terruño, anunciándole la muerte de un pariente próximo; ora, otra, el matrimonio de un hermano o el nacimiento de un sobrino nieto. Ea, vamos, que se hacía viejo! Que envejecía bajo este sol de plomo derretido, en este clima de sartén de la selva ecuatorial, sin haber hecho nada, nada de extraordinario; sin haber sido lo que quiso ser, sacando a luz el sueño de sus remotos antepasados que dominaron Venezuela y Chile: un conquistador.

Envejecía, sí. Supo-esta es la verdad-que había cumplido cincuenta años, cuando lo sacó de ese largo marasmo de su existencia vulgar, una pena profunda: la muerte de Pérez, su protector, su amigo.

No habría sido aventurado el achacar a aquello de la *parroquización* de San Esteban, convertido en el flamante Puerto Carrión, el fallecimiento del buenazo de Pérez. Tanto como quería el comerciante hacendado a aquel caserío que él hizo nacer en sus tierras y sobre el cual ejercía un vago derecho de señorío feudal...

Al contemplar en su ataúd provisional el cadáver de su amigo de treinta años, velándose en la lancha en que los deudos lo conducían a Guayaquil para ser inhumado, don Gaspar Godoy y Feo hizo largas consideraciones sobre su propia existencia.

Cayó hasta en creerse un fracasado. Pero, no; no lo era. Corrigió su pensamiento, que desviaba por senderos de pesi-

mismo...tan tardío, después de todo, como el más rosado de los optimismos.

No; él-también-había llegado. Alcanzado había una meta. ¿No era tal, por ventura, el haber conseguido disfrutar de una vida-su vida-libre, independiente, en la cual ninguna intromisión venía a turbar su tranquilidad, lo que él llamaba su santa serenidad?

Sí; y, sin vacilaciones, ya era bastante. Y si a comparaciones se iba-que es afán muy humano aquél de abalanzar lo que es con lo que pudo ser, *para ver hacia qué lado se inclina el fiel*,-¿qué diferencias habría tenido su vida de haberse desenvuelto en la tierra natal? Ah! Allá tendría su cielo azul, su mar bravío, la visión lejana de los enhiestos picachos nevados ..todo lo que objetivamente era para él la patria...Pero, amarrado estaría como galeote, con las cadenas del salario imprescindible, a la banca de cualquier barquichuelo pesquero, más frágil que una actuaria romana, en el tormentoso golfo de Vizcaya; o en el quemante ambiente de cualquier fundición o factoría; o, menos mal, sudando de crepúsculo a crepúsculo, exhausto, apoquecido, inclinado sobre la tierra, en el campo ya *causado de rendir provecho a los hombres ingratos...*

Acá, en estas selváticas llanadas, bajo el fuego de la Equinoccial, al pié de los Andes infinitos, estaba mejor en lo material. Allá, la tibieza sedante del seno patrio, el caliente regazo del hogar, eficaces abstersivos de las llagas que abre el dolor en el espíritu; acá, la tranquilidad como consecuencia de un esfuerzo uniformemente acelerado hasta ahora...hasta ahora que había arribado al borde la cincuentena.

¿Y continuaría así en lo sucesivo? Faltaba el verlo. Acaso, no. Era lo menos posible. Triunfan los años. Derriban el enhiesto cuanto enraizado tronco; ¿cómo no derribarán el endeble arbusto que es un hombre? Sobre todo cuando, como él, era presa de un daño corporal que no sólo delataba su presencia con la rotunda prominencia de la jiba ridícula, sino con periódicos dolores óseos, que coincidían, como si anduviesen en complicidad con el astro, con los fases de la luna.

Delante del cadáver de Pérez, don Gaspar reflexionó hondamente. ¿Qué había hecho? Mejor, ¿qué iba a hacer? Esto era lo importante: ojear el futuro.

Vínole a la mente una idea que estimó rara...¿Cómo y por qué era que el amor, que a todos alcanza, no lo había alcanzado a él?; ¿cómo había logrado hurtar su corazón a la flecha del ciego arquerillo?; ¿cómo y por qué?

No se preguntaba porqué no había inspirado amor; que bien comprendía que con su facha acamellada no era como para enloquecer a una doncellica soñadora. Lo que se preguntaba era porqué él no se había enamorado de alguna. Que enamoriscado sí anduvo y sus conquistas hubo por ahí, por los

campos aledaños, en la población misma; pero, siempre, sitiador fué únicamente de plazas que no fueron justamente como Bicoca o como Zaragoza, o—acercando más a Vizcaya la comparación—como la Estella navarra de la segunda guerra carlista...

Respuesta precisa, que lo satisficiera plenamente, no encontraba. Tántas cosas como se podía pensar sobre lo tal!

Lo esencial era que ya tenía cincuenta años, medio siglo... ¡medio siglo!

Era natural que en este punto y hora se iniciase el descenso, el hundimiento en la sima en cuyo fondo, afilada la guadaña, lo esperaría la Muerte.

¿Y cómo sería hasta ese momento—el de acabar—su vida?

No iba a conservar—pensaba, haciendo poco honor a su maravillosa fortaleza vasca,—sus energías, su capacidad de luchar, de mantenerse a flote, de valerse por sí mismo, sino unos pocos años más.

¿Y luego? Se estremeció, delante del cadáver de su amigo Pérez, al llegar a este punto de sus reflexiones. ¿Y luego?

Si a algo le tenía miedo en aquel instante, era a la plácida soledad en que habían transcurrido sus horas. Ahora temía a aquella su santa serenidad.

Argumentaba...Claro; el hombre no puede vivir solo. Así, el hogar no es hogar. Necesita el hombre que a su lado marche una mujer amante, que vengan los hijos.

De casarse...ah!, no y mil veces no! Pero, bien, suponiendo —suponiendo tan sólo—que se casara y tuviera un hijo, ¿cuánto tiempo *le* iba durar al fruto de su sangre renovada en el infante? ¿No lo iría a dejar abandonado a su propia suerte, acaso cuando le fuera más necesario, para hacerle la sombra que al igual de toda planta pequeñita, como lo que es, el niño requiere? Temblaba anticipadamente por este evento que se imaginaba fatal. No y mil veces no. Bien estaba así.

¿Hijos? Pero, ¿es que no los tenía? Y no sólo uno, sino diez, veinte, más acaso que el número de sus años. Pues, ¿no quería como a hijos suyos a sus discípulos?

Eran su obra...y él era, también, hasta cierto punto—y acaso sin la limitación,—obra de ellos. Les debía casi por completo su actual posición económica holgada; les debía—no se ruborizaba al confesárselo a sí mismo—su propia cultura. Que huérfano a poco de nacido, y pobre por añadidura, no pudo aprender más allá de lo muy elemental en la escuela de su aldehuela natal en Vizcaya; donde, por otra parte, la instrucción pública no andaba a la sazón muy organizada, agitado como estaba el señorío por las ambiciones de don Carlos de Borbón y Austria de Este, duque de Madrid, postulante al trono de las Españas. Fué la necesidad de enseñar que creó en don Gaspar la de aprender. Ventajosamente para él, en su hogar vasco se

hablaba con tanta familiaridad como la euskara, la lengua de las Castillas.

Pero, volviendo a lo del amor, es decir, a cómo el amor podría influenciar, de venir, en su vida futura.

No que no. Que no había que pensar en eso!

Fortalecía don Gaspar sus negativas, subrayándolas con unas cuantas interjecciones vascas.

Mas, lo cierto fué que-y en realidad sin hacerlo adrede,-a poco de morir su amigo y protector Pérez, Godoy y Feo empezó por fijarse más detenidamente de lo que solía en las muchachas solteras de Puerto Carrión.

Por razón del magisterio estaba en relaciones de amistad más o menos estrechas con casi todas las familias de la aldea. Cambiaba con ellas visitas y regalos. Invitábanlo a toda excursión, a toda comilona y a todo bailoteo. Era donde iba -como por allá se dice,-el primer plato, o cuando menos, uno de los primeros. Con el cura y el teniente político, formaba la trinidad de personajes señalados de la parroquia, y las familias disputábanse como un honor el agasajarlo.

Así fué que un día...Simona Sandoya había de ser!

La conocía de mucho tiempo atrás, desde que era una chicuela; justamente, le había enseñado a leer; pero, vamos!, que se había convertido en una real hembra la muchachilla que otrora no tuviera gracia alguna, como no fuera su acre selvatiquez de campesinita...Exaltaba la Sandoya un auténtico tipo de criolla del litoral ecuatoriano. Morena y esbelta, de carnes duras y formas como hechas a cincel, así de rotundas; lacio el pelo endrino, peinado en tersos aladares, raya al medio; de un indefinible color castaño los ojos zahoríes; de un rojo intenso de pitahaya los labios grosezuelos y lascivos. Una real, una realísima hembra, como para exacerbar un deseo, como para agudizar un afán.

Don Gaspar Godoy y Feo era una víctima que se propiciaba al sacrificio, si sacrificio cupiera llamar al caer en redes de amor, unido con aquella zahareña beldad. Poníalo su estado de ánimo en trance de prendarse de cualquier muchacha y hacer por ella cualesquiera desaguisados o intrepideces; aun cuando él creía que ocurríale lo contrario: que su firmísima resolución lo colocaba a salvo de cadetadas.

En un paseo que la familia Sandoya ofreció a cierto comerciante establecido en Guayaquil, que estaba de tránsito en Puerto Carrión, y al cual paseo fué invitado-cómo no!-el maestro de escuela; don Gaspar conoció a Simona transformada en mujer.

Ningún incidente de novela aconteció en estos amores tardíos para el uno, tempraneros para la otra.

Para la familia de Simona el que don Gaspar desposara a la jovencita constituía un honor de tal naturaleza que no ca-

bía reflexionar sobre que podía ser su padre. Y con mucho! Que la novia apenas pasaba de los dieciseis cumplidos, y más que cincuentón era ya el esposo.

Se casaron. Más terminantemente dicho, la familia de Simona la hizo casar con don Gaspar.

Y-la verdad-felices fueron los días del matrimonio; de una felicidad vacua e insabora, sí; pero, felices, después todo.

No era el marido como para hacer arder en pasión a su conyuge; ni ésta, tampoco, perdido el encanto del misterio de su carnalidad fragante, como para mantener en el marido, por el espíritu, una ilusión constantemente renovada...

Cariño, sí. Lazo que a entrambos unía, con mucho de gratitud por parte de Simona, con mucho de gratitud-este era el sentimiento-por parte de don Gaspar.

Vino a la larga el fruto, tan esperado y tan temido al mismo tiempo por el progenitor: una niña que se llamó Simona como la madre y que hízose su vida a costa de la autora de sus días.

Flores son éstas-las mujeres de nuestros campos,-efímeras. Lozanas, magníficas, exhuberantes, no tardan en marchitarse. La maternidad, muy especialmente, tórnalas en fantasmas de lo que fueron cuando vírgenes. Son como esos trajes de papel *crepé* que, luego de puestos una vez, se convierten en sucios harapos. Sensible, pero cierto, lamentablemente cierto. Y explicable y muy natural.

Que la pubertad se apresura, se adelanta; y mujeres son a los doce años, para ser viejas, acabadas, a los treinta.

La maternidad concluyó con la belleza-belleza típica, se entiende-de Simona Sandoya.

Dos años después del parto se murió la pobre sin pena ni gloria, roída por el bacilillo de la tuberculosis que se escondía, como los gusanos en ciertas frutas aparentemente sanas, en su cuerpo otrora magnífico y armonioso.

La callada tragedia de esta vida que se agostó junto a la suya, no por silenciosa hizo menos estragos en el espíritu de don Gaspar Godoy y Feo. Tundido quedó el pobre; y, en los primeros meses de la viudez, no bastaba a sacarlo de su melancolía, de su sorda desesperación, ni el pensamiento de la hija, de la pequeña Simona, que tanto necesitaba de una atención solícita.

Mal reaccionó; pero reaccionó, en fin, a la larga. Era indispensable. Había que sobreponerse a los pesares; domeñarlos, esto es, con un gesto que aunque quisiese ser de triunfador, se quebrase luego desmayadamente en un vano movimiento de inútil defensa...

Entregó a la huerfanita a los cuidados de la abuela materna, que en ella adoraba; y, como fatigada ave de cetrería que, luego de la partida, se acoge al sostén de su alcándara, refu-

gióse él, todo entero, cuerpo y alma, en su escuela, dedicándose por completo "a lo suyo", al aquel de enseñar, en lo que encontraba un manso placer.

Hasta que un día, improvisadamente, de súbito, como era cosa corriente que a él aconteciese, se encontró con que no podía vivir sin la presencia del retoño, la pequeña criolla de ojos azules como los suyos y de tez morena como la de la madre.

La trajo a su lado, a la casuca donde funcionaba la escuela. Contrató para que atendiera al vástago a una viuda que en la población había, y la cual serviría de ama seca. La casuca cobró nueva vida. Una alegría de inocencia iluminó los grandes cuartos sombríos; puso una nota de color en la tristeza solitaria del apesarado vasco.

Reanimóse éste, hallando nuevo objetivo a la existencia, nueva finalidad y hasta un agridulce sabor desconocido que importaba un ignorado sentido, ahora probado, un renovado porqué de vivirla.

Prestaba ahora mayor atención a los asuntos de su escuela, que los hubo traído muy descuidados; procuraba porque aumentase el número de los educandos; habiéndole cobrado otra vez amor al dinero como en los lejanos tiempos en que, en la alta noche, metido en su toldo por miedo de los implacables mosquitos, escuchando a lo lejos el hipócrita maullar de los jaguares, repasaba entre sus dedos ya encallecidos los-ogaño, ay!, inexistentes-condores áureos, y los contaba y recontaba en su idioma natal:

—*Bost! Sei! Zazpi!*

Habíase revestido de una coraza para luchar. Que luchas tenía ahora, porque la rivalidad profesional habíalo ido a buscar en ese apartado rincón de la república donde él se comía sus horas.

Un pedagogo de tres al cuarto publicó en un diario de Guayaquil cierto articulejo en el que decía que era inexplicable cómo las autoridades superiores de instrucción pública permitían que un extranjero, con el *ainda mais* de no titulado, mantuviese abierta una escuela elemental en Puerto Carrión; y, terminaba propugnando la conveniencia de que "en esa importante sección de nuestra amada patria" se crease un centro docente fiscal o municipal, el mismo que habría de estar a cargo de un pedagogo titulado-claro que el propio autor del articulejo.

El botafuego del maestrillo de marras armó un escándalo en Puerto Carrión. Reuniones y conferencias. Solicitudes van; telegramas vienen.

Querido como era en el pueblo don Gaspar; tenido en consideración de patriarca, como fundador que, de angas o de mangas, era de la aldea, por ahí se hizo una colecta para enviar un representante a gestionar el asunto en Quito.

La cosa fué hasta al Congreso-por entonces reunido,-y en poco anduvo que no se hiciese cuestión de estado.

Felizmente se arregló, y en justicia para don Gaspar.

Como el tal era extranjero-extranjeros los españoles!-y no quería naturalizarse, no hubo otro remedio sino que el Gobierno contratase con él para que prestase sus servicios como profesor en la escuela fiscal de Puerto Carrión; que en esto de que la escuela se hiciese oficial sí las ganó el que movió el lío. Cerró, pues, nominalmente, don Gaspar, su establecimiento pedagógico para que se abriera el fiscal, por supuesto que en el mismo local, es decir, en la casuca que mandara construír don Esteban Pérez, de grata memoria. Lo único que sustancialmente cambió en definitiva, fué el camino por el cual le venían los dineros a don Gaspar: pagaban antes la mesada religiosamente los padres de los alumnos; y, ahora la tesorería de hacienda de la provincia era la que pagaba-sueldo del maestro y canon de arrendamiento del local,-por cierto que, como por allá es modo de decir, con los tres plazos o con el plazo del T. M. N., o sea, tarde, mal, nunca...

No importaba esto gran cosa a don Gaspar. Algunos miles de sucres tenía a su orden, en depósito a la vista, en una caja de ahorros de Guayaquil. Sus billeticos había, guardados en lo más secreto de su baúl mundo. Hacía préstamos a la gruesa ventura a los sembradores de arroz o de maíz de los campos aledaños; compraba para la reventa, café en grano, cacao a veces. Y luego que-hay que ser justos-veía el dinero del fisco, generalmente, esto sí, cuando menos lo necesitaba...

Simonita había ido creciendo, mientras tanto, hasta convertirse en una reguapa doncella, envidia de las otras y enloquecedora ilusión de los mocetones.

Pero, en el aquel de cuidarla, era don Gaspar Godoy y Feo lo mismo que un cancerbero.

II

—Ven, Felipín, acércate a la cátedra. He de decirte dos palabrejas...

Tembló el muchacho de pies a cabeza. Ya presumía el porqué de la llamada. Su mirada quiso atravesar el tablero del pizarrón, investigando si estaba o no en su puesto la terrible palmeta.

—Ven, Felipín, ¿no me oyes?-tronó don Gaspar.

Aproximóse el muchacho, temeroso.

Desde su elevado sitial, don Gaspar fulminó:

—Ayer, a la salida, pedazo de mamarracho, gritaste no sé qué disparates. Repítelos, ahora.

Trató de excusarse el presunto reo de palmeta. No: que no. El no había sido. Inocente era.

—Reconocí tu voz-insistió el maestro,-esa voz de pito que Dios te ha dado.

Hubo don Gaspar de imponerse al alumnaje. Aquello de la voz de pito de Felipín, había provocado una estruendosa carcajada.

—¡Silencio! Silencioo! Silenciooo!

Cuando éste reinó, continuó don Gaspar:

—He de decirte, primero, Felipín o diablo, que yo no soy gallego. Vasco soy, ¿entiendes? Quiero decir, de la aristocrácia racial de España. Soy español, por lo demás, como el gallego...hasta cierto punto; lo propio que tú eres tan ecuatoriano como uno de la provincia de León; ¿estamos?

Felipín hizo un gesto de asentimiento. Comprendía. En esas circunstancias, al borde como se juzgaba del suplicio, era capaz de comprenderlo todo.

—Además-prosiguió el maestro,-yo no me llamo "el feo Godoy"; me llamo Gaspar Godoy y Feo...¡y a mucha honra! El apellido Feo es hidalgo, de origen portugués.

Soltado habría muchas veces cosas de la laya don Gaspar, porque el alumnaje no dejó oír ni un murmullo que indicara sorpresa....

—Por lo que hace a lo Godoy-continuó,-no sé muy bien. Poco entendido soy en achaques genealógicos. Pero, nada tengo que ver a Dios gracias con ese sujeto que vosotros conoceis por la historia: el tal príncipe de la Paz, el favorito...puah! de María Teresa y de Carlos IV...

Volvió a asentir el delincuente con un movimiento de cabeza, privado como estaba de hablar por no interrumpir el discurso del profesor.

—Por tanto-agregó éste,-tú haces muy mal, Felipillo o Judas, en cambiarme apellidos que no me diste. Como haces peor en insultarme, amparándote en una impunidad...momentánea.

La reprimenda era larga, y presagiaba al culpable un castigo que le correspondiera.

Cuando concluyó don Gaspar, descendió gravemente del estrado y se encaminó al pizarrón.

Entonces fué cuando puso el grito en el cielo el infantil reo. Lloraba; pateaba; berreaba.

—Parece un toro en el "bramadero"-comentó burlonamente un condiscípulo.

—No me pegue!-gritaba aquél a voz en cuello.—Se lo avisaré a papá. Está prohibido pegar a los niños en las escuelas fiscales...

Sin proponérselo, o acaso con toda la malévola intención del caso, Felipín había herido en la parte sensible.

Volvióse majestuosamente don Gaspar y le dijo con voz encendida de sorda cólera:

—Pues aunque esté prohibido! Y por lo mismo, ahora! Así me boten del puesto; que maldito lo que se me da...

Aquí fué nuevamente el bramar del reo, arreciado cuando el maestro hizo ademán de írsele encima con la palmeta en alto.

De repente, de atrás del pizarrón salió una voz dulce.

—Papá! ¿Qué es eso?

Y Simona, la linda Simonita, apareció, dispuesta, como siempre, a interceder.

—Déjalo, papá; déjalo. Pobre Felipín!

—Muchacho díscolo éste-protestó el padre,-que no merece gracia! Carácter más desapacible no he visto en otro!

—Pero si es un chiquillo, papá-siguió intercediendo Simona;-ya se compondrá; ya verás cómo se compondrá...con los años.

—Sí-dijo con rabia el viejo maestro;-cuando tenga mi edad, por ejemplo.

—No, papá; no exageres.

—Bueno-perdonó a la postre y como siempre don Gaspar;-pero que sea la última, ¿estamos?, la última. Y tú, mi hija, que no te metas más en estas cosas! ¿No tienes bastante con lo tuyo allá adentro?

El travieso Felipín se lanzó en brazos de Simona.

—Gracias! Gracias, Simonita linda!

Y, rencorosamente, mirando de reojo al *domine*, añadió:

—Gracias, paisanita!

La clase estaba echada a perder. Era imposible el dictarla esa mañana. Gritaban los chicos; jugaban, arrojándose bolitas de papel, sabiéndose amparados por la decidida protección de la hija del maestro, de la dulce Simona.

—No queremos que se nos dé clase!-clamaban varias voces al unísono.

Felipín, que había tornado a sentarse en su banco, gritó desde allá:

—Lo que queremos es que se nos haga ensayar el himno nacional. Hemos de cantarlo el 9 de Octubre y estamos a 5. Que se nos ensaye!

No se le alcanzó a don Gaspar el vengativo fin que perseguía Felipillo, y accedió:

—Ensáyalos, Simona. Tienen razón.

Se retiró a su pupitre y púsose a hojear el libro de asistencia, distraídamente.

Simona, obediente, se sentó en el taburete, frente al viejo piano que, en un rincón del aula, era víctima, como el pupitre, de las implacables hormigas blancas, y glosó la música de Neumanne.

Todos los muchachos cantaron a voz en cuello:

—Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria!
Gloria a tí.......................

Terminado el coro, destacóse del grupo Felipín y con su voz aguda de impúber cantó, con toda la mala intención que le fué dable, la primera estrofa del himno:

—Indignados tus hijos del yugo
que te impuso la ibérica audacia,
de la injusta y horrenda desgracia,
que pesaba fatal sobre ti.............
....
....

Dirigía, al cantar, miradas de venganza satisfecha al "godo". Y, por cierto que lograba el pequeño criollo el objeto que perseguía.

Nerviosamente se agitó en su asiento el *magister;* miró al muchacho, clavando en él sus grandes ojos azules que íbanse preñando de lágrimas...y nada dijo...

Pero era el suyo un elocuente silencio: sus ojos habían hablado más alto, con el lenguaje de las lágrimas mal reprimidas, que jamás hubiéralo hecho su voz.

Comprendió de repente la muchachería, tanto la intención de Felipín al pedir que los ensayaran en cantar el himno patrio, como el efecto ocasionado en el maestro por aquellas frases hirientes contra España, que si otrora su razón tuvieron de ser, no son hoy otra cosa que el mal recuerdo de un rencor que no siente, que no puede sentir el pueblo ecuatoriano contra la Madre Patria...

Y diez voces se elevaron al instante:

—Que se calle Felipín! Que no cante más! Ssssh!

Uno de los alumnos, el más impulsivo de todos, arremetió contra Felipín con ánimo de golpearlo.

—Canalla! Ingrato! ¿No ves que haces daño al maestro?

Mal hubiera salido del trance el atacado si don Gaspar no hubiera descendido más que a prisa del estrado y, zafándolo de los brazos del atacante, no lo hubiera amparado entre los suyos, con un enérgico gesto de defensa.

—Que se moderen! Silenciooo...! A sus puestos, otra vez!

Corrían las lágrimas calladamente, mas a raudales, por el arrugado rostro del viejo profesor, hipaba el chiquitín, no sintiéndose libre aún del todo de la amenaza de sus compañeros.

—No lo hice adrede, don Gaspar; no lo hice adrede.

—Vamos Felipín-decía don Gaspar emocionado,-no te preocupes más de esto, que no vale la pena. Ya te acompañaré a tu casa a la salida...para que no te hagan nada...

Y lo besaba como si fuera su hijo.

Era así aquel viejo vasco...

III

ERA así de noblote e hidalgo aquel viejo vasco, largo en la amenaza y corto en la ejecución, incapaz de hacer un mal, así fuese pequeño; altivo, enérgico, duro, fuerte, tenaz .. y bueno, dulce, suave, manso, tierno, a la par... como si fuera híbrido engendro de condor y de torcaz... Como la ola de mar abierto, que se alza solitaria y bravía, amenazadora y rugiente, alborotadora y siniestra.. para deshacerse a la postre en blanca espuma inofensiva. Sus bravatas-y por su mal sabíanlo sus discípulos-concluían indefectiblemente en pacíficas reprimendas. Terroríficas palabras que redundaban, al fin, en zalemas... Jamás caso dióse de que llegara a golpear efectivamente a un educando con aquella magnífica palmeta de siete capas recosidas, que mantenía por un extremo unidas-en la forma de las hojas de un libro-un manguito de madera de pechiche; instrumento que remedaba ridículamente a un *knut* ruso. Hinchábase en la promesa del castigo, terrible profeta que luego, blandamente, convertíase, *motu propio*, cuando no por la intervención de la linda Simonita, en amoroso redentor, dispensador de mercedes, dador de indulgencias por castigos a que él mismo condenó.

Era así aquel viejo vasco...

Y es que el carácter de cada hombre no es sino el trasunto, el reflejo de su estado de ánimo, y el tal no otra cosa, por su parte, que el resultado de la situación de su hogar, el índice de lo que es su vida misma.

La de don Gaspar era feliz, y por ello, en su hogar sonreía la dicha con su sonrisa clara.

Pasmadas en retoño, no habían rebrotado en su espíritu las primitivas ambiciones de magnificencia económica. Contentábase ahora, a este respecto, con una *aurea mediocritas*.

Con lo que tenía, podía salir adelante, sin tropezones, sin caídas; y, de morir, pronto o tarde, como ello estuviera de Dios, a su hija única, a su adorada y adorable Simonita, quedaríale en herencia su capital, no exiguo del todo, y el que, bien administrado, por un marido digno, podría asegurar su futuro.

Vinculado a sus dos grandes amores existentes-su hija y sus discípulos, esos otros sus hijos,-podía, sin miedos ni cobardías, proseguir en su lucha hasta que en el gran reloj de los destinos humanos sonara su hora, la temerosa hora de su muerte.

Lo único que le preocupaba era, justamente, lo del "marido digno" que había de encontrar para Simona. Para él, cristiano viejo, el solo digno era Dios... eso es... Simonita podía, debía mejor, entrar en un convento como novicia, profesar luego. Su padre la dotaría. No habría en eso inconveniente. Pero, la muchacha, con todo de su dulzura, con todo de su bondad, no sentía llamada su vocación por esos caminos de la consagración a Dios en cuerpo y alma. Revivía en ella el tipo un si es no es sensual de su madre; anhelaba por una vida como la de todas las mujeres que conocía: se casaría, tendría hijos...; sufriría con todos los dolores que a Eva afligen; no se hurtaría a ellos,-quien sabe si cayendo en otros mayores,-detrás de las altas tapias de un monasterio.

Por mucho de su disgusto, no era don Gaspar como para levantar obstáculos a lo que su hija quería, para imponer su voluntad; que, en definitiva, no estaba muy decidido a que su hija fuera monja.

Era casi exclusivamente sólo por aquello de la dificultad de encontrarle un "marido digno", que había llegado a pensar en la conveniencia de que Simona profesara: como medida de seguridad, nada más.

Por otra parte, bien se le alcanzaba que su hija no tenía vocación, ni facha-esto es-para monja.

Golpeaba los dieciocho años floridos la Simonita, y era, como lo fué su madre, una hembra que se las traía. Morena se ha dicho que era y con un par de gigantescos ojos azules, lo que provocaba un contraste exótico que contribuía a hacer interesante su figura de doncella ampulosa. Arrubiado el pelo, agudizaba el contraste con la tez que, si morena, éralo en un sabroso tono naranja madura, digno de ser copiado por un pincel. Su boca de fino diseño, erguía, no obstante, al fruncirse mimosa, un no se sabía qué de inocente lascivia-si la paradoja cabe,-que hacía presumir que su dueña no había nacido precisamente como para consumirse de evangélico amor en los claustros.

Y, además-pensaba don Gaspar-¿qué sería de él, del pobre padre anciano ya, de marchar la unigénita a Quito o a cualquier otra ciudad de la sierra, para entrar en un convento?

Solo, infinitamente solo, moriría a poco, como un perro abandonado de sus amos-se comparaba,-sin el consuelo de una mirada piadosa, de una sonrisa, de una caricia en el momento supremo... en la casuca pajiza, de techado de bijao, que se remiraba-con la coquetería de una jamona de buen ver aún-en las nemorosas linfas del río de las Juntas...

No; mejor, mil veces preferible era que se casara. No faltaría en Puerto Carrión o en los alrededores, un mozo capaz de hacerla feliz, y de reflejo, de hacerlo feliz a él, al pobre suegro anciano ya.

Quedaría a vivir el matrimonio-¿por qué no?-en la misma casuca; que amplia era y prestaría comodidades para la independencia necesaria al amor conyugal recién nacido. Vendrían los nietecillos, luego, a alegrar la casa de la escuela (porque no pensaba don Gaspar en clausurar ésta ni en renunciar a su magisterio) en las horas en que, terminadas las clases, hacíase ahora en todo el edificio un lóbrego silencio de abandono, como el que reina en los teatros después de la función.

Y así-¡así!-ya podría venir la muerte, la traicionera parca, cuando mejor le estuviera en gana.

Lo encontraría de pies, como al artillero junto al cañón-gustaba a veces don Gaspar de los símiles heroicos,-en su puesto, en su lucha de cincuenta años contra las sombras de la ignorancia, enseñando a sus discípulos, modelando la blanda arcilla infantil-escultor admirable-para hacer de ella hombres de pro, apoyos del futuro de esta patria ecuatoriana a la que amaba como si fuera la suya misma-la chica, que era la adorada!,-su fría Vasconia...

Plácidamente vería venir a la hosca guadañadora. Hasta le sonreiría con una blanca sonrisa de paz.

Y habría de decirle:

—Vamos, mujer! Que me lleves contigo! Bien está... Creo haber cumplido, a lo largo de mi existencia, con mi deber...

IV

ESA mañana, mientras almorzaba, fue sorprendido don Gaspar por un recado del párroco:

—Su paternidad-manifestó el sacristán,-necesita hablar con usted sobre un asunto urgente. Le ruega que vaya enseguida al convento; porque, como usted sabrá, él no puede salir a la calle.

A don Gaspar se le inflaba el mal humor-frase suya,-cuando lo interrumpían en la mesa.

—¿Y qué he de saber yo, si no ando cosido a la sotana de su paternidad?-tronó-. ¿Pues qué tiene que no puede salir a la calle? ¿Lo persigue, acaso, la justicia por alguna barrabasada? Lo natural es que si desea tratar sobre algo conmigo, venga a verme; ¿no te parece así, Juan o como te llames, señor sacridiablo?

—El señor cura-explicó el sacristán,-está en cama con una gripe muy fuerte.

—Ah...!

No acertaba don Gaspar a explicarse por qué lo había puesto tan excesivamente nervioso el llamado del párroco. Verdad que cuando alguien le indigestaba la comida... Pero, ¿qué se querría con él?; ¿para qué se le llamaba, y así, de prisa, al convento?; ¿qué pasaría? Algo de malo, sin duda...

Ni dejó de extrañarle, tampoco, la densa palidez que cubrió las facciones de Simonita al escuchar el recado del párroco. Lo atribuyó con todo, en su fuero interno, a la ansiedad del amor filial, a una preocupación semejante a la suya por lo inusitado de ese llamamiento. Y se lo agradeció íntimamente a Simonita... Hija más amorosa! Impertinente de clérigo que le había puesto inquieta a la chica! Pero...

Eran viejos amigos el cura y el maestro de escuela. Cultivaban relaciones, jamás entorpecidas, desde hacía veinte años. Veíanse frecuentemente: ora el cura iba a visitar al maestro; ora éste era quien iba. Jugaban sendas partidas de ajedrez. Hablaban de la patria lejana. Porque eran paisanos, aunque no del todo-como solía decir don Gaspar, más de veras que de bromas,-ya que el padre Fidel era levantino, de la huertana Valencia.

No obstante esto, lo intrigaba el llamado.

¿Qué sería?

Para salir de dudas, decidió ir lo más pronto posible al convento. Así que concluyó con su almuerzo, que no por frugal dejaba de ser suculento, se caló el jipijapa y sin cambiar en nada su indumentaria casera-que aún las exigencias sociales no existían en Puerto Carrión,-se encaminó rápidamente,-luego de un beso a su hija y de un "vuelvo en un periquete",-a la iglesia, a cuya espalda, adosada al edificio del templo, estaba la casita que servía de residencia al párroco, y la misma que entre los vecinos era denominada pomposamente "el convento".

Trepó a trancos largos por la endeble escalera y en lo alto del rellano lanzó un estentóreo:

—*Pax vobis!*

La retozona voz del párroco resonó en el interior de la casa, contestando, igualmente en latín, a la salutación del amigo:

—*Salve tibi! ¿Quomodo vales?*

Resolvió don Gaspar, ignorante de la lengua sabia, volver al fácil empleo del castellano, y repuso:

—Bien, hombre! A tus órdenes... ¿Qué me quieres?

—Entra, entra al dormitorio. Estoy postrado en cama.

Penetró don Gaspar en la alcoba de su paisano y se lo encontró en el lecho, retrepado en las almohadas numerosas y policromas, arrebujado en una colorinesca colcha de bayeta.

—La gripe, Gaspar; esta gripe paisana nuestra, que me trae a mal traer, tumbado en cama desde hace una semana. Como tú no te preocupas de los amigos...

El maestro de escuela se deshizo en excusas. No había él sabido, claro. Allí habría estado, junto al amigo enfermo, de haber conocido su estado. Cómo no!

Cuando lo juzgó procedente, por dichas las inevitables frases a que la cortesía obliga, abordó la cuestión fundamental.

Bueno; ahí estaba. Había venido atento al llamado. ¿Cuál era el urgente asunto que el párroco deseaba tratar con él? Hacíase ascuas por saberlo.

El cura andaba, por lo visto, corto y perezoso, tardo y remolón, en afrontarlo. Invitó a su paisano a que trasegara con él una copita de licor de cacao, primeramente.

—Anda, pruébalo! Mira que te lo escancio yo mismo. Es, por supuesto, sabroso; nada, un aguardientillo de superior calidad. Como que, a mérito superbo, lo elaboro yo en persona, ahí en el traspatio, a escondidas de los soplones esos del Estanco; ¿sabías?

Don Gaspar no se hizo de rogar. Bueno, bueno... Que no estaba desabrida la mistelilla.

—Pero, andando, Fidel, ¿de qué se trata? Al cabo estás de mis ocupaciones. Las doce han dado. Y a la una he de estar en la escuela, dictando la clase. Ya ves; con menos de una hora cuento.

El padre Fidel se hizo disimuladamente reacio un poco más. Empero, hubo, perurgido por su amigo, de plantear a la larga la cuestion.

—Acaso te asombrarás, Gaspar amigo, de que yo me entrometa en ciertas cosillas de índole privada...

Don Gaspar arrugó el entrecejo. La verdad, el exordio no le caía ligero.

—Al grano!

—Mas, como somos paisanos...

—Casi, casi, Fidel; tú eres valenciano.

—Como sea, Gaspar... Y amigos...

—Esto sí. Y leal amistad nos une.

—Por eso... por eso...

—Bueno; no vaciles más... ¿De qué se trata?

Repantigóse don Fidel entre sus almohadas policromas, y adoptando un aire serio y-quería ser-trascendental, bajando el tono de su voz de capiscol, ahuecándola todo lo que pudo, dijo:

—Tú tienes una hija, Gaspar...

Se estremeció el viejo vasco. No esperaba que por ahí comenzara la cuestión. Tuvo, sin embargo, fuerzas para bromear:

—No es cosa nueva. Va para algunos años que la tengo...

—No interrumpas, Gaspar. Tú tienes una hija en estado de merecer... casamentera, ¿eh?

Don Gaspar se inmutó.

—Y qué! Y qué! Habla presto, hombre, que me tienes sobre agujas!

—Pues... Tú sabes que los amigos somos para ciertas ocasiones...

—¿Qué ha pasado, bendito de Dios? Dilo!—exclamó exaltado el maestro de escuela.

—Nada, nada. Ten calma para escucharme; guarda tu ansiedad y compórtate... Oyeme... No ha pasado nada de malo; antes bien, puede y debe pasar algo de bueno, si lo quieres.

Vaciló un poco todavía el clérigo, y al fin dijo, en ese tono dubitativo de quien mejor quisiera callar antes que hablar:

—Pues, verás. Ya sabes que tu hija es la mía de confesión; y, me ha dicho, no por supuesto en el secreto confesional...

—¿Qué te ha dicho, Fidel?—cortó don Gaspar;—¿qué te ha dicho?

—Lejos del tribunal de la penitencia, se entiende, me ha dicho... que está enamorada...

La sangre pareció huir del rostro del anciano maestro.

—Ella!—casi gritó—. ¡Y nada me ha contado a mí, a su padre! Ha preferido hacer su confidencia a un extraño...

—Gracias!—bromeó el párroco.

—Gracias me dé el diablo, Fidel, con estas cosas que a mí me acontecen! Hay para desesperarse.

—No para tanto, atolondrado! El, el elegido, es una magnífica persona.

—¿Y quién es él?—inquirió, curioso, don Gaspar.

—Bautista Zuccoli, el dueño de la hacienda "Nova Firenze". Ya lo ves: un hombre que tiene sentada la cabeza; no un chiquillo. Un propietario acaudalado.

Permaneció don Gaspar silencioso durante unos instantes. No le quitaba, mientras tanto, don Fidel, la mirada de encima, observando sus menores movimientos, sus más insignificantes gestos. Vió cómo el maestro de escuela palidecía más aún de lo que ya estaba, hasta cobrar su piel un color verdoso que se tornaba luego en moraduzco acardenalado, tal si en todo el rostro se manifestaran equímosis recientes. Lo vió después ponerse rojo, rojo, con las venas brotadas, como si la sangre fuera a hacer dentro de ellas explosión. Oyó don Fidel inquieto cómo un ronquido se agitaba en la garganta del viejo vasco; ronquido que se cuajaba en una exclamación violenta, coronada por una blasfemia horrenda, que ni las de los condenados del Dante.

—Gaspar, por Dios; respeta esta casa santa. Modera tu lenguaje.

—¡Es que no ha de ser, Fidel!; ¿entiendes? ¡Es que no ha de ser! Casarse mi hija con un italianote basto, con un cualquiera... No que no! Muerta prefiero verla, ¿oyes? Quiérola difunta! La mataré yo mismo, si es preciso, a la hipócrita, a la descas-

tada... Ahora comprendo—agregó con sorna—por qué se dió a temblar la liebrecilla cuando oyó el recado que tú me mandaste, amigo infidente, desleal, apoyador de infamias...

—Calla, Gaspar!—impuso con una energía que no se hubiera creído encontrar en él, el clérigo—. Contén tus desmanes! No he de permitir que me ofendas con suposiciones absurdas; ni que emitas conceptos o pronuncies palabras que hieran una dignidad que, como la mía, está mucho más arriba de lo que alcanzarían tus escupitajos. Que te haya hecho una revelación paladinamente, sin velos ni tapujos, porque a ello me indujo la súplica de tu hija, a la que sin duda no has inspirado toda la confianza que un padre debe inspirar... no te autoriza a pensar que haga bastardos oficios de tercería... ni que me dé a servir de alcándara a tortolillas sin nido...

Reflexionó don Gaspar, al medir el alcance de sus palabras, y volvió sobre éstas.

—Perdóname, Fidel. Lejos de mí el querer ofenderte, sabiendo como sé que eres bueno... bueno como el pan de trigo candeal. Perdóname! Pero... es que ese matrimonio que tú auspicias, es un despropósito, una cosa descabellada... ¿Quién es él? Un extranjero, un gringo, un italianote que dé usted con lo que fué en su tierra. Presidiario, quizás. Desertor, cuando menos.

—No pensó lo mismo la madre de Simona, de la Simona tu mujer, cuando a ésta desposaste. Tú también eras un extranjero, un desconocido.

A don Gaspar le vibró, como siempre, la cuerda patriotera.

—No digas tonterías, Fidel; no las digas. Conmigo, la misa se rezaba en otro misal. Sabían mis suegros que yo era vasco, y eso es ya una ejecutoria. Da el nacimiento vasco amparo de hidalguía.

Comentó el clérigo:

—Pretenciosillo!

Y añadió:

—Volvamos a lo capital, a lo que interesa; es decir, al matrimonio de la chica, Casorio que yo no auspicio, porque no está en mi modo de ser el tender lecho para nadie; sino que, sencillamente, te comunico que puede realizarse, si a tí te viene en gana.

—No hemos de hablar más de eso, Fidel—cortó don Gaspar—. Cosa acabada la estimo.

—¿Por qué?

—Pues... porque sí; justamente, porque me da la gana.

—Testarudo! Muchacho cabeza dura! Que muchacho eres a pesar de los ochenta años!...

—Setenta pon a mucho poner, Fidel; setenta. Pero, no ha de ser, ¿entiendes? Que no ha de ser, cacho!

No tuvo por prudente don Fidel el insistir.

—Psch! Por mi parte, se me da un bledo que la muchacha se quede para vestir santos o se meta monja. Mejor esto.

—Tampoco se ha de hacer monja, ni tampoco se ha de quedar para vestir santos, ¿oyes?—tronó don Gaspar—. La casaré con quien se me meta en el caletre.

El párroco le sacó punta a la frase.

—Entonces—dijo burlonamente,—la casarás con un perforador de pozos de petróleo; que sólo un tal se te puede meter en ese caletre de piedra del cual te enorgulleces, aragonés!

—Vasco, cacho!—gritó don Gaspar, exacerbado en su cólera por segunda vez—. Y me voy—concluyó,—quizás para no volver a poner los pies en esta como tú la llamas santa casa...

Don Fidel se contentó con mirarlo serenamente, hasta plácidamente, pero con un asomo de ironía en la mirada, y no pronunció una palabra más.

Irguióse cuanto pudo don Gaspar, y salió de la estancia con un aire—valga la manoseada frase—de majestad ofendida.

—Adiós!—dijo ya en el rellano de la escalera.

No contestó don Fidel.

Arrebujóse en su colcha colorinesca, alcanzó el breviario de encima de la mesita de noche, y, tranquilamente, como si la violenta escena jamás hubiera ocurrido, púsose a leer su querido y viejo libro.

V

ESTABA de Dios que las clases de la escuela fiscal de Puerto Carrión, no se dictasen en esos días, magüer los empeños de don Gaspar, con la regularidad debida.

Aquella tarde—la de la entrevista del párroco y el maestro,—la muchachería, alborozada por cierto, recibió en la puerta misma de entrada, por boca del ñato Chinto—un cuarterón que hacía cerca de don Gaspar oficio de escuderaje, o cosa por el estilo,—la noticia de que, encontrándose indispuesto de salud, el profesor había de tomarse un descanso que para el alumnaje se traducía en inesperadas vacaciones.

—Viva don Gaspar!

—Y que la enfermedad sea larga!

—Viva! Viva!

—Viva el feo Godoy!

—Y que se muera pronto...

Con estos y parecidos gritos de bullicioso júbilo, recibió la muchachería la noticia que, en su castellano mamarrachudo, diérale Chinto.

La verdad era que don Gaspar estaba realmente enfermo. Tamaña impresión habíale causado lo que le revelara don Fidel, que apenas si pudo llegar a su casa. Acometiólo en el umbral uno como desvanecimiento, y hubo su hija, ayudada por Chinto, de conducirlo en guando hasta su lecho, depositarlo en él y desnudarlo para darle fricciones con vinagre aromático, mientras venía el médico a recetarlo.

Cuando volvió Chinto acompañado del galeno—un vejestorio que había ido a esconder su fracaso profesional en Puerto Carrión,—había ya abierto los ojos el maestro de escuela, sin recobrar por completo el conocimiento.

Diagnosticó el medicastro, después de un breve examen:

—Un síncope, claro! Vendrá luego, la tenemos ya, la fiebre nerviosa... Estamos en presencia de un caso típico, clásico diremos, de fiebre nerviosa. Alguna impresión, sin duda... Como la describen los tratadistas...

Y no recetó nada.

—Bien está lo de las fricciones... Siga refregándolo, Simonita, de arriba abajo, en el sentido de la circulación de la sangre. Eso es. Frótelo con mostaza, de ésa inglesa que viene en unos botes de cristal... Donde el chino José, creo que hay... Y dentro de un rato manda a Chinto a mi casa para que recoja el récipe que voy a formular. Hay que pensar... hay que pensar... Es serio el caso... Hay que meditar...

La desdichada Simona estaba desalada. Acusábase, *in pectore*, de ser ella la única responsable del estado de su padre; ya que, como es de suponer, estaba enterada, aunque había fingido ignorarlo, del porqué del llamamiento del párroco. Presumía lo demás: la oposición irreductible del padre, la blanda insistencia de don Fidel. Imaginábase completa, hasta en sus más mínimos detalles, la escena; lo mismo que si la hubiera presenciado.

Y lamentábase por no haber sabido escogitar el camino a propósito para arribar a la consecución de la finalidad perseguida: el consentimiento del padre para el matrimonio con Zuccoli.

Fué por consejo de éste que no planteó la situación ella misma, desplegando en línea de batalla todos sus ardides de mujercita y todas sus prerrogativas de hija mimada; sino que se valió de un intermediario, que siempre influenciaría menos en el ánimo del padre que ella misma,—por mucho que el intermediario fuera el propio don Fidel...

....

....

Transcurrieron algunos días. El mal que aquejaba a don Gaspar, se agravó en alguno de los tales hasta el punto de que se temió por su vida.

A ratos recobraba el uso de sus facultades; pero, esos intervalos lúcidos eran raros y de breve duración: caía en seguida postrado en hondo sopor, en una inconsciencia que se delataba fatigosa por la respiración disneica.

Don Fidel ungiólo cierta tarde con los santos óleos. No podía administrarle, en sus circunstancias, el sacramento de la extremaunción.

—No hay sujeto para cuarenta y ocho horas—sentenciaba casa veinticuatro el fracasado hipócrates.

Dióse caso de que en el pueblo circulara la noticia de su fallecimiento.

Oíase en un corrillo:

—Acaba de morir el pobre. Tan bueno como era!

—La falta que le va a hacer a la niñez de Puerto Carrión!

—Habrá que honrar su memoria. Lo merece. Por lo pronto, a una calle, por ejemplo a la que conduce al matadero, habrá que bautizarla con su nombre.. para que las venideras generaciones lo recuerden... "Gaspar Godoy"; nada más.

—Sí; muy justo. Pero la calle deberá llamarse "Maestro Godoy", para que se sepa lo que fué él en vida. ¿No les parece? Porque era un patriarca, maestro *ab urbe condita*...

Lo de siempre. Honores póstumos. Que de nada valen. Que para nada sirven.

Oíase en el corrillo de más allá:

—¿No saben? Se acaba de morir don Gaspar...

—¿Otra vez?

El único que en el pueblo no creía en lo ineludible de la próxima muerte de don Gaspar, era su paisano don Fidel.

—Sí... se está muriendo. Como todos. Desde que nacemos, empezamos a morir. Eso! Pero que se escapa de ésta... vaya que se escapa! De qué madera incorruptible es! Vascos éstos... De acero, de un acero mejor que el de su Bilbao... Si lo sabré yo...

Y se salió con la suya el bueno del párroco; pues, de ahí a poco, una mañana amaneció don Gaspar con la temperatura a 37° y, como quien despierta de un sueño normal, abrió los grandes ojos azules, cargados de una suerte de cansancio, pero delatando en su fuego el de la inteligencia recobrada.

—Dios mío!—suspiró.

Rodeaban su lecho en ese momento, su hija Simona, el padre Fidel y Bautista Zuccoli, el presunto yerno, quien, día por día, dejando en manos de la peonada las tareas de su floreciente fundo de las cercanías, venía a visitarlo. Junto a la puerta, adosado—permítase la expresión,—como gárgola a una de las jambas, vigilaba el fidelísimo Chinto.

Como quien despierta de un sueño, exactamente...

Ni expresó don Gaspar asombros en su mirada, ni pronunció los consabidos "¿dónde estoy?", "¿qué es esto?" y más frases de ritual en trances semejantes. Dardeó un mirar sobre todos y cada uno de los presentes y cerró luego los ojos apretadamente. Tornó a abrirlos, ahora acuosos, pero firmes.

—Ea, Fidel!—dijo a la postre—. Quiero que éstos—e indicaba con un ademán a Simona y a Zuccoli,—se casen. Y que sea de Dios... Pero, ha de ser hoy mismo; ¿me entiendes?

Zuccoli quiso decir algo.

—*Signore Gasparino...*—empezó.

Simona, lo mismo:

—Papá...

Intervino cortante don Fidel, dirigiéndose a los novios:

—No; déjenlo. Parece que no conocieran al tozudo éste de mi paisano... *Sí; se casarán, y hoy mismo.*

Asintieron Simona y Zuccoli—que seguramente no querrían otra cosa.

La hija abrazó al padre y lo besó largamente......................

....

....

Por la noche ya estaban casados. Vinieron al dormitorio de don Gaspar a despedirse. Partían a pasar la luna de miel en "Nova Firenze".

Besó don Gaspar a Simona. Estrechó la mano de Zuccoli. En silencio.

Evitó toda frase tierna por parte de ellos. Sólo él quiso hablar.

—Que no llores, mujer, ea! Tú lo has querido... ¡allá tú, entonces! Yo os bendigo a entrambos, por si de algo os sirve mi bendición; aun cuando mucho temo que de nada os supla la pobre... Y no os preocupéis por mí... Ya me cuidará Chinto, si hace falta; que no hará... a Dios gracias...

Y ya cuando salían, en voz baja, tanto que no lo oyeron, musitó:

—Y muy felices, eh! Pero sin mí. Que no os quiero ver ni os veré jamás...

....

....

A la mañana siguiente, con la sorpresa de todos, excepción hecha de don Fidel, ahí estaba don Gaspar, retrepado en su viejo pupitre, nidal de termites, dictando clase a los pocos alumnos que pudieron ser avisados oportunamente...

—El *mephitis vittata*, generalmente conocido bajo la denominación de tejón, animal que vive en las mesetas interandinas, pero que a veces desciende hasta las llanadas del litoral...

VI

....

....

....

LENTAMENTE, como suelen transcurrir para quienes llevan en el alma escondido un profundo dolor, pasaron cinco años desde que la encantadora Simonita casó con Zuccoli.

En apariencia nada cambió en la vida de don Gaspar Godoy y Feo. Con una regularidad que podría decirse mecánica, como un reloj de aparato perfecto, el viejo vasco realizaba todos y cada uno de los actos que le imponían sus deberes de maestro de escuela en Puerto Carrión.

Durante los nueve meses del curso oficial, dictaba sus clases desde lo alto de su carcomida cátedra; y, durante los tres de vacaciones, continuaba dictándolas, en su salita particular, con las solas excepciones de domingos y fiestas de guardar, a los alumnos que, habiendo terminado la enseñanza primaria, deseaban rendir examen de aptitud para ser admitidos en el colegio de enseñanza secundaria de la lejana capital de la provincia.

Por las noches—todas las noches, así lloviese a cántaros o a toneles, expresión esta más ajustada a las lluvias de Puerto Carrión,—iba al convento a jugar interminables partidas de ajedrez con don Fidel, con quien, olvidadas antiguas rencillas, había estrechado más aún relaciones de amistad.

Cada domingo oía su misa, humillado en su reclinatorio de cordobán, en un rincón—el más oscuro—de la iglesia. Dos ó tres meses por año, don Fidel le administraba la comunión.

Pero, por supuesto que el párroco de Puerto Carrión no era su confesor. No que no. Antes de que esa tal de Simona—como don Gaspar solía decir,—se enredara con el italianote... sí. Ahora, no! Entre bromas y veras, don Fidel teníale dicho:

—Mira, Gaspar; por mi parte, no habré de darte la absolución, de confesar conmigo, mientras no te portes como verdadero padre amante y cumplidor fiel de sus santos deberes para con la pobre Simonita.

Y don Gaspar habíase tomado a pecho la admonición y de cierto la amenaza, y—muy en lo suyo,—íbase a confesar con el párroco de Pangua, en la provincia de León, a una gran distancia de Puerto Carrión. Había de hacer un largo viaje, a lomo de bestia, para llegar a la aldeúca leonesa; pero, el rebelde vasco tenía por bien empleados el tiempo perdido y las molestias sufridas, con tal de no ceder a lo que exigía su amigo.

Al regresar, buscaba a éste.

—Ya lo ves, valencianillo de marras: absuelto estoy; que el cura de Pangua, con serlo tanto como tú, no se anda con requilorios para expedir el *ego te absolvo* o como mejor se diga en latín o en griego... Ahora sí, puedes darme la comunión cuando más te plazca.

Como siempre, don Fidel sonreía... maliciosamente.

—Eres incorregible, Gaspar. No te cambian los años; no te cambiará la muerte.

Don Gaspar, cuando esto oía, sonreía también. (Pero su sonrisa era—valga la comparación—como la de uno de esos "generales" ya por ventura casi en desuso en estos lados de América, a quienes luego que han "derrotado" a una montonera de veinticuatro desarrapados con un ejército de línea, fuerte de dos mil plazas,—se les dice: "Pero, qué valiente es usted, *mi* general! Qué magnífico estratega!")

Sostenía el bueno del clérigo con su conterráneo, una vieja lucha. Pretendía don Fidel que el maestro de escuela dejara de serlo y fuera a vivir con Simona y Bautista.

—Que no me da la regalada gana, ¿entiendes?—contestaba invariablemente don Gaspar, cuando su amigo insistía—. Déjalos a los millardarios esos. De nada les valgo. Ni a ellos, ni —mucho menos—al adefecio ese de marranillo o qué se yo, que dizque han tenido, y al que se han atrevido a bautizar, con una osadía irritante, poniéndole mi nombre, el de Gaspar... ¿eh? ¿Qué te parece?

Don Fidel apretaba fuerte:

—No seas disparatado, vejete ridículo. ¿Cómo iban a ponerle? Como su abuelo. Es lo lógico.

—Y qué! ¿No tendrá otro abuelo el cachorro allá en Tallarinia? ¿Por qué *no* le pusieron *Fulano; que así, seguramente,* se llamará el tal...? Fulano Zuccoli... Pega, ¿no?

—Calla, calla; no hables más cosas vanas, oveja descarriada del redil del Espíritu Santo.

Lo cierto era que don Gaspar no había vuelto a ver a Simona ni a su marido desde que se casaron.

Al principio, es decir, en los primeros meses de su matrimonio, hicieron aquéllos lo imposible para quebrantar la tenacidad del carácter del viejo, sin lograr que torciera una línea su inflexible resolución de no tratarse con ellos. Se valieron de cuantos medios imaginables estuvieron a su alcance; llamaron en su ayuda a poderosos intercesores para que influyeran en el ánimo del anciano vasco.

—No he de ceder! No he de ceder!—era la eterna cantaleta de éste—. Así me aspen.

—Pero, don Gaspar...

—Qué don Gaspar ni qué cuernos! Alla, ellos; acá, yo.

Nada más. ¿Qué les importa no verme? A mí el no verlos, un ardite Eso Par a par. Tablas en el juego, ¿eh?

—Eso no es propio de un padre; no es el proceder que más conviene—argüía el intercesor.

Don Gaspar quedaba un rato pensativo, silencioso, como buscando en los entresijos de su mente algún razonamiento decisivo que oponer.

—Eso no es propio de un padre -hincaba el otro, creyéndose a punto de reducir al vasco.

Pero, don Gaspar acababa siempre por encontrar el argumento final:

—Bueno, amigo... ¿y a usted qué se le da este asunto?

VII

CIERTA mañana de febrero—mes de vacaciones escolares en el litoral ecuatoriano, por coincidir con la época de las más fuertes lluvias;—don Gaspar salió de la oficina de correos de Puerto Carrión con un papel en la mano, al que daba mil vueltas entre los dedos sarmentosos y miraba y remiraba por todos lados, como si tratara de encontrar en él algo que hubiese escapado a la inquisición de sus ojos.

A pasos lentos encaminóse al convento.

Encontró a su paisano don Fidel, que, concluída la misa, se desayunaba opíparamente.

—Servido!

—Gracias! Buena vida os dais vosotros, Fidelillo. Fuera yo de los vuestros, pastores; que no de los de vuestra grey, ovejas.

—Si lo quieres de veras... Tiempo es todavía, con lo mozalbete que eres, para estudiar teología...

—Ea, no estoy para chanzas.

—Ni yo. He amanecido con el ribete al revés.

—Mejor. Pero... ¿no te causa sorpresa el verme por acá tan de madrugada como si dijéramos?

—Hombre, sí, la verdad; pero, no era cosa de manifestarla. La hora en que llega un amigo íntimo, es siempre la propicia. Además, se me ocurre que vendrás a tomar el desquite, rencoroso como eres, de ese famoso mate que anoche te dí con alfil y torre, ¿eh?

—No; no es por eso.

—¿Entonces?

—Pues... verás... Lee esto.

Y le extendió el papel que traía consigo.

Recogiólo don Fidel y púsose a leerlo atentamente. Una gran extrañeza, un desmesurado asombro íbanle llenando los ojos a medida que leía.

—Pero, es posible, Gaspar! ¿De manera que has renunciado el cargo de profesor de la escuela de Puerto Carrión? Si entiendo bien de letras (que hasta de ello me hace dudar lo que ahora leo), el ministro de instrucción pública comunícate aquí el haber sido aceptada por lo pronto tu renuncia del cargo, y te avisa además que, puesto que por tu condición de extranjero no estás en el caso de obtener una pensión jubilar vitalicia, se han iniciado las diligencias procedentes a lograr que se te haga donación de una suma de dinero en agradecimiento a tus labores de tan largos años al servicio del magisterio... ¿No es así?

Don Gaspar permanecía silencioso.

—¿Por qué lo has hecho, Gaspar?

El viejo vasco miró a su amigo con esa mirada franca y leal de sus ojos azules; algo balbuceó, ininteligiblemente, y tornó a hundirse en su silencio.

Picó don Fidel:

—Ah... ah... alguna inédita ocurrencia de tu descabalada vasconía...

Y tornó a preguntar:

—¿Por qué has renunciado l acargo? Dílo.

Nuevas vacilaciones... Al fin, de improviso, como movido por un resorte mecánico, habló don Gaspar:

—Pues... ya sé que te vas a reír a rabiar... Ríete cuanto te venga en gana de mí, que no habré de molestarme... ¿Qué le hemos de hacer...! He resuelto (y bien sabido tienes que mis resoluciones son de última instancia, sin lugar a revocación ni recurso algunos); he resuelto, digo, irme a vivir en "Nova Firenze", o como se llame, con Simona y Bautista...

El cura se quedó un instante pensativo. Luego dijo:

—Vaya, vaya; te han dado mate ahogado, el más vergonzoso de los mates, los muchachos ésos. Te han colocado en una situación en que no tenías nada que hacer, justamente como el rey en el mate ahogado, ¿eh?

Y glosó sus frases con una estruendosa carcajada que no supo precisamente a mieles a don Gaspar.

Irritóse éste más de la cuenta y profirió más que dijo:

—Ea, no hay que burlarse, don frailecillo; que aún no está la cosa consumada, y bien puedo arrepentirme y obrar como mejor convenga a mi dignidad...!

—Pero ¿no decías que era resolución irrevocable?

—Aunque lo fuera!

Pensaría don Fidel que estaba empujando la cuestión por senderos que conducían a abismarla; porque, cambiando el

tono mayor de su voz, alterando el gesto y la expresión, haciendo pareo el ademán, como si de hablar a un hijo se tratara, explicó:

—Jamás convino proceder que se siguió *ab irato*, Gaspar; jamás convino. No has de tomar en serio cuanto yo en mentirijillas te dije, y armar la zaragata. Vuelve sobre tus pasos... sobre esos pasos mesurados, de soldado que marcha a la funerala, que traías cuando hace un momento penetraste en esta tu casa—bromeó aún—. De tu resolución primitiva, no he de reirme. Claro que no. Harás bien en lo que piensas hacer. Así, tarde, (*aun cuando nunca es tarde para corregir un error*), cumples con tu deber...

--¿Mi deber? Pero, ¿crees tú, Fidel, que es mi deber?

--Seguramente, hombre de Dios; el de todo padre es no abandonar a sus hijos.

--Pero es que... supongo... ellos no me necesitan.

--Siempre un hijo necesita de sus padres.

--¿Sí? Pues, mira; no es por eso que yo he resuelto ir a vivir con Simona y Bautista.

--¿Y por qué es, entonces?—no pudo dejar de preguntar, intrigado, el clérigo.

--Pues... por mi nieto... por el Gasparcete ese ..

--Ah!

--Figúrate! Tiene ya seis años, siete creo, el chico... y no sabe leer. ¿Comprendes ese escándalo? El padre dizque dice que espera a más adelante... para mandarlo a Italia... Yo qué sé! Lo cierto es que el muchacho no ha aprendido a leer todavía.

Escuchaba Fidel sin chistar. Hablaba en alta voz el viejo vasco.

--¿Qué tal, eh?; ¿qué tal?; ¿se te alcanza? Es absurdo, horroroso: no sabe leer a los ocho años; es un analfabeto. Un analfabeto el nieto del maestro de escuela de Puerto Carrión, que ha enseñado a leer a dos generaciones... Y puede ser que así permanezca. Supónte que Simona enviude, que se arruinen... Pues, ahí tienes...

Advertíase que, no obstante su decisión ya firme de ir al hogar de sus hijos, y suyo *jure et facto*—como habría dicho don Fidel,—reñían en el alma del anciano hijo de Vizcaya una batalla ru la su orgullo indomeñable con su amor de abuelo—más poderoso acaso que el de padre,—y con su espíritu profesional, capaz de obrar maravillas.

--Haces bien en ir, Gaspar; haces muy bien—decía don Fidel.

Lo persiguió en sus últimos reductos; lo dominó totalmente al indomable, naturalmente porque la voluntad del vencido estaba inclinada a dejarse derrotar...

--No abrigues dudas, Fidel. Iré; pero, ya sabes tú porqué.

....
....
....

Días después estaba don Gaspar en casa de Simona y Bautista, hinchando los pulmones con el aire puro de la campaña, fortaleciéndose el corazón—que en cada sístole quería pararse y en cada diástole detenerse,—con las manifestaciones de respeto y amor que le hacían sus hijos y su nietecillo.

Agradecido estaba—sin demostrarlo del todo,—en lo íntimo de su alma, en lo más recóndito del recóndito *sancta sanctorum* de su espíritu, hasta el cual—creía él ingenuamente—no podía penetrar la perspicacia ajena.

No obstante, a poco de llegado, dióse maña para poderles decir a Simona y Bautista, tan pronto como le fué posible, a boca llena; mientras acariciaba la rubia cabecita del nieto, sentado en sus rodillas:

—Hay que tener presente que yo no he venido por vosotros dos; sino por enseñarle a leer al cachorrillo éste. Que no era cosa de dejar al chico analfabeto para que, no sirviendo para nada mayor, dejase pasar de largo a la vida, como dejan pasar de largo a la bestia, quedándose con los palos en la mano, los malos toreros...

1929

FIN

Indice